Leg 23 cuaderno 1º
1760-Leg. 23

DISCURSO

LEÍDO EN LA

UNIVERSIDAD CENTRAL

EN LA SOLEMNE INAUGURACIÓN

DEL CURSO ACADÉMICO DE 1893 Á 1894

POR EL DOCTOR

D. ALEJANDRO SAN MARTÍN Y SATRÚSTEGUI

Catedrático

DE LA FACULTAD DE MEDICINA

MADRID
IMPRENTA COLONIAL, Á CARGO DE G. GUTIÉRREZ
Glorieta de Atocha, 8

1893

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

DISCURSO

LEÍDO EN LA

UNIVERSIDAD CENTRAL

EN LA SOLEMNE INAUGURACIÓN

DEL CURSO ACADÉMICO DE 1893 Á 1894

POR EL DOCTOR

D. ALEJANDRO SAN MARTÍN Y SATRÚSTEGUI

Catedrático

DE LA FACULTAD DE MEDICINA

MADRID

IMPRENTA COLONIAL, Á CARGO DE G. GUTIÉRREZ

Glorieta de Atocha, 8

1893

HTCA

U/Bc LEG 23-2 n°1760

1>0 0 0 0 6 3 2 9 4 5

UVA. BHSC. LEG 23-2 n°1760

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

NOTAS SOBRE EDUCACIÓN FÍSICA

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

Excmo. Señor:

Hoy hace justos treinta años que, entre la niñez y la adolescencia, tuve por primera vez la fortuna de presenciar, desde esos bancos, la apertura de la Universidad; y cuando comparo las emociones de aquel día con la que experimento al subir á esta Cátedra, sobre los recuerdos íntimos que debo reservar, pues á nadie sino á mí interesarían, la memoria me representa, con la rara lucidez de las ansiedades supremas de la vida, todo lo que aquí ha pasado desde entonces.

Por de pronto, la viveza con que todos los distintivos impresionan en las primeras edades, me hace estar como viendo todavía aquella muceta blanca que lucía en esta tribuna el Catedrático á la sazón designado para leer el discurso inaugural, D. Francisco Gómez de Salazar, hoy Obispo de León, por cuya salud hago, en nombre de la Universidad, los más fervientes votos; y lamento por mi parte, con tal motivo, no ver entre los claustrales representación alguna de la Facultad de Teología, que con invariado asenso siguen ostentando Universidades extranjeras del mayor prestigio. Ignoro si al cabo de tantos años como van transcurridos desde el de 1868, nuestra suprimida Facultad ha sido objeto de atenta y sentida mención en estas solemnidades académicas.

Aún más triste relieve comunican á mis reminiscencias de

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

aquel acto las pérdidas, que á este Claustro tienen apenado, de dos Catedráticos, ambos de la Facultad de Ciencias, á quienes, desde la fecha recordada, me unían los lazos de esa amistad como filial, aún más entrañable que la de las aulas, que suele crecer en el museo y en el laboratorio.

El primero que nos dejó para siempre fué el Profesor de Paleontología. Hombre más sencillo á la vez que más docto no lo puede haber. ¡Cómo hasta en su porte se conocía el trato constante con la naturaleza, y precisamente con los seres más escondidos y más silenciosos, aunque de mayor significación en la grandiosa historia de la vida! Quien, como él, pasaba lo mejor del tiempo contemplando las admirables hiladas de la construcción telúrica ¿había de preocuparse con las pequeñeces sociales? Su elocución, siempre familiar, era clara, amenísima en muchos momentos y tan rica de detalles en las descripciones de los objetos en estudio como en la narración de los interesantes episodios de cada adquisición científica.

Puede juzgarse de sus alientos juveniles por el hecho de que habiendo terminado en Valencia, de donde era oriundo, la carrera de medicina, apenas hubo obtenido, por oposición, la cátedra de Historia natural de Oviedo, sin tomar de ella posesión, emprendió al extranjero un viaje que duró cuatro años, durante los cuales, tomando por centros á París y á Freiberg, recorrió toda la Europa central. El resultado de esta larga excursión fué una serie de memorias y hasta 150 cajones con ejemplares útiles á la enseñanza, en su mayoría aquí desconocidos; el premio, una gratificación de mil pesetas anuales sobre las mil quinientas de su sueldo de ayudante, que todavía era, del Museo de Ciencias naturales; y el escarmiento, la pérdida de dos años en la antigüedad de Catedrático, pues lo venía siendo, si vale decirlo, *in pártibus*, para los inexcrutables efectos administrativos.

Fué, en 1852, nombrado Catedrático de Geología y Paleon-

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

tología, asignatura de nueva creación, y posteriormente escindida para mayor realce del estudio de la tierra. Vilanova eligió la segunda rama, no sé si por adaptar mejor á ella sus aficiones anatómicas ó por inclinación ya desarrollada, y que sería bien explicable ciertamente, porque el fósil es al espesor informe de las capas terrestres, lo que la figura humana al paisaje, un complemento de verdadera necesidad para el espíritu, el cual, aún mirando á los cielos, suple la falta de todo rastro vital con el sueño más ó menos realizable de la pluralidad de mundos habitados.

Era un encanto oir á D. Juan Vilanova hablar del museo de Bruselas, entre otras maravillas paleontológicas, y describir los estupendos animales antidiluvianos, confinantes de clase. Sin efectos retóricos, con relato llano y repleto de atractiva ingenuidad, comentarios sobrios y persistencia tenaz en el examen de los caracteres, compensada con una frecuente digresión á las peripecias de viaje, en sus lecciones, parecía reproducirse fiel y vivamente cada excursión paleontológica, con sus alternativas de avizor escudriñamiento, de expansiva distracción y de exaltadoras sorpresas, sin que faltara en ellas ni aún el mismo descompasado, pero suave ruído del martillo explorador en aquella tosecita gutural que le servía de muletilla, y que con ternura recordaremos ya toda la vida los que escuchamos muchas veces al llorado maestro.

No se presta á una estimación de cantidad la obra docente oficial de un Profesor que en algunos cursos no tenía discípulos, y que cuando pudiera pasar lista á tres, consideraría el aula muy concurrida. Estas cátedras del Doctorado son como esos santuarios suspendidos en la cumbre de las más altas montañas, donde la oración no necesita el estímulo colectivo de los fieles, sino saber respirar en elevado y purísimo ambiente, que predispone á la contrición y á la caridad, á la manera que los altos estudios avivan el amor de la ciencia por la ciencia y la vocación de la enseñanza.

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

Bien arraigada la tenía nuestro D. Juan Vilanova. Empeñado en popularizar á todo trance su asunto predilecto, le hemos visto seguir año tras año, en el Ateneo de Madrid y en otras sociedades de instrucción, rompiendo heróicamente el hielo del público, todavía poco preparado en nuestro país para apreciar las excelencias de la rebusca de fósiles y la útil cooperación que podría prestar al progreso de la ciencia que trata con estas palabras sueltas de piedra, no ya de admirar la obra del hombre, como se hace con las arqueológicas, sino de preparar el himno más grandioso que puede elevarse al Hacedor. Hay que decirlo, para nuestro bien, aunque nos duela acerbamente; ¿cómo Vilanova había de encontrar adeptos en los círculos cultos de esta Corte, si con su tono de zumbona-resignación solía referir que en sus correrías por el campo, para evitar contratiempos ya probados, necesitaba ir diciendo que recogía aquellas caprichosas piedras porque eran muy buen remedio para muchas enfermedades?

Sin embargo, estos pequeños infortunios no aminoraban en nuestro sabio compeñero la pasión por la Paleontología, y aún trató de engarzar sus amadas piedras en el oro inestimable de la propaganda femenina, logrando, ya que no poner de moda esta afición, como lo estuvo la de la Botánica á fines del siglo pasado entre nuestras damas, á lo menos la huella duradera y provechosa de varios cursos en la *Asociación para la enseñanza de la mujer,* garantizada en el cariño de las discípulas.

Como académico que era de la Historia, de Ciencias exactas, físicas y naturales, y de Medicina, su actividad fué grande, y su modestia verdaderamente exquisita. Siempre dispuesto para el trabajo, esperaba, sin embargo, con inusitada calma, que todos los asuntos se trataran antes que los de su especial preferencia, á los cuales dedicaba cuanto tiempo se le pudiera conceder, sin tasa por su parte.

Conocía nuestro suelo español como su propia casa, y desde

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

mediados de siglo acaso no haya dejado de acudir un solo verano á Congresos geológicos, médicos y científicos de todo género, desde los celebrados en el vecino mediodía de Francia hasta el de Copenhague.

Don Juan Vilanova ha escrito un *Manual de Geología* y una *Memoria geognóstico-agrícola* de la provincia de Castellón, ambas premiadas por la Academia de Ciencias. Deja, además, su *Compendio de Geología*, un *Tratado acerca de la teoría y práctica de los pozos artesianos*, la *Geología agrícola*, un trabajo sobre *el origen, naturaleza y antigüedad del hombre*, las *Memorias geológicas de Teruel y de Valencia*, un *Atlas de Geografía universal* y un *Diccionario geográfico-geológico* en francés y español.

Por último, corren impresos varios libros suyos destinados á dar cuenta de los Congresos á que asistía, siendo dignos de especial mención los relativos á París, Ginebra, Viena, Amberes, Perusa, Berlín, Londres y Argel.

Vida tan cumplidamente aprovechada como la suya bien merece perpetuarse en este mundo y se perpetuará, á buen seguro, mientras se hable de Geología ó de Paleontología en España.

A compartir con él la gloria del otro hubo de seguirle pronto su compañero de Facultad D. Manuel Sáenz Díez. ¡Lástima grande que estas dos figuras no tengan hoy al servicio de su preclara memoria el talento y el estilo en esta misma Cátedra, y con análogo motivo, lucidos por el Profesor Menéndez Pelayo! ¡Qué hermosos contrastes y cuánta enseñanza ofrecería este duplicado modelo de Catedráticos, hábilmente expuesto ante maestros y discípulos! Consuéleme de mi inexperiencia y de mis escasas aptitudes para esta delicada forma de literatura la consideración de que vivo trabajando, como Vilanova y Sáenz Díez, en la naturaleza y no en el arte.

La Cátedra de Química orgánica de esta Facultad de Ciencias ha sido, bajo los auspicios de Sáenz Díez, uno de los

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

focos de enseñanza intensiva más brillantes de este Centro Universitario. El mecanismo por el cual este eximio Profesor imprimía tal carácter á sus tareas docentes, constituye para mí uno de tantos misterios psicológicos. He sido su discípulo, y mi adhesión incondicional á sus raras dotes me autorizan á expresarme en este punto con plena espontaneidad, para alivio de ciertos aspirantes legítimos al profesorado.

Don Manuel Sáenz Díez explicaba con notoria incorrección de lenguaje, y, sin embargo, de tal modo gravaba su personalidad en la enseñanza, que hasta su mismo tonillo, en otro Profesor cualquiera, de monotonía seguramente hipnótica, me ha servido alguna vez como medio mnemotécnico en problemas de química que han llegado á mi resolución. No conozco ejemplo mejor en prueba de que el don de enseñar y el de la palabra, aún de buena avenencia cuando se encuentran reunidos, pueden vivir completamente separados, sin que el primero, por su parte, se resienta en grado apreciable.

Verdad es que la especialidad de D. Manuel Sáenz Díez era el diálogo docente en el laboratorio. Por una de esas singularidades de la vida escolástica, este Catedrático parecía, en clase, un repetidor, y en las prácticas, de ordinario encomendadas al personal menos maduro de ayudantes, resultaba un hombre profundo, ingenioso, lleno de aticismo, invulnerable, irritante de la propia insuficiencia en el alumno y elocuente. ¿Será que con aptitudes de auxiliar no pudo hacerse sino un Catedrático mediocre? Me atrevo á desafiar tal herejía pedagógica. Entre la Cátedra teórica de Química orgánica, la Química orgánica práctica y D. Manuel Sáenz Díez, si algo resultaba defectuoso, supérfluo ó de nivel insostenible, no era, ciertamente, el Profesor, sino la Cátedra teórica, en todo caso, encomendable á un joven principiante. El Catedrático cuya pérdida intento estimar en toda su pesadumbre, era barco demasiado grande para no varar en el escaso fondo de una enseñanza teórica.

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

Habíase formado como Profesor en Giessen, al lado de Liebig y de Will, en 1853, después de haber hecho en París el curso de 1850 á 1851, bajo la dirección de Wurtz; ¿qué culpa tenía él de que en España dominase, durante toda su carrera, otro gusto en los auditorios? Alumnos bien dotados de elocuencia deja; ¿habrá uno solo que no cambiase su lección más afortunada por la táctica genial de nuestro Maestro en el más llano problema de laboratorio?

Hizo siempre vida muy apartada y ha escrito una memoria sobre *El equivalente nutritivo de los alimentos que se consumen en la provincia de Valencia;* otra acerca de la *Influencia de los fosfatos térreos en la vegetación de los cereales,* y otra tercera, que trata de *La Dialisis,* todas ellas de verdadero corte alemán, premiadas por la Academia de Ciencias, menos la última, que lo fué por la Médico-quirúrgica, y que ganarán, si no de mérito, de aceptación, andando el tiempo.

Además, su nombre sobrevivirá al recuerdo de sus discípulos en nuestro país por los innumerables análisis de aguas mineromedicinales que ha practicado.

Al darle el último adiós declaremos, con la ingenuidad de buenos discípulos, que la generación de estos dos Maestros, todavía por fortuna no agotada, habrá podido ser poco fecunda para el progreso de la ciencia y para la cultura general del país; pero ha sido entusiasta por la ciencia y por la enseñanza, como dudo mucho que lo sea la nuestra. Los seis lustros antes referidos me dan algún derecho para expresarme en esta forma; y ¡quiera Dios que esta sincera y humilde confesión hecha en la tumba de Vilanova y Sáenz Díez sirva para que en otro plazo igual ó antes, si es posible, los discípulos de ahora puedan decir, respecto de nosotros, precisamente lo contrario!

Cumplido este penoso deber, séame permitido enviar desde este sitio un cordial saludo á los Catedráticos que hubieron de quedar excedentes por imposiciones económicas de la Ley

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

de Presupuestos en el anterior ejercicio, y, para bien de la enseñanza, repuestos por la Real orden de 16 del corriente mes.

Nuestro Fr. Luis de León pudo dejar á la posteridad, entre otros destellos de talento y de carácter, el conocido «decíamos ayer» de su primera lección, á los diez años de vivir separado de la Cátedra; pero pocos profesores podrían hoy utilizar este efecto oratorio sin incurrir en la tacha de estadizos, por lo que se refiere al contenido de la labor diaria. Esto hace que las soluciones de continuidad, en el profesorado, no legitimadas por cometidos oficiales ó particulares, aptos para acrecentar su actividad científica, envuelvan siempre positivo perjuicio á la cultura del país, siquiera en la ocasión presente podamos asegurar que el mérito personal de nuestros queridos colegas brillará después de este inesperado eclipse con luz aún más poderosa que antes en el cielo sereno de la Universidad. Sean bien regresados, y oremos porque en las alturas donde se fraguan estos fenómenos penetre la convicción de que en los tiempos actuales significa más para los intereses de un centro de enseñanza el nombre del Profesor, cuando ha llegado á serlo en la genuina acepción de la palabra, que el de su asignatura (1).

Y paso á la elección del tema, tarea fácil y grata para los Profesores dedicados á las disciplinas de mayor enlace con la cultura general, pero ya más comprometida para los que enseñan ciencias de tecnicismo exclusivo, y en extremo delicada para los que representamos en la Universidad el estudio y el cuidado del cuerpo humano.

No puede desconocerse que de día en día van las sociedades modernas asimilando los frutos recogidos en la investigación

---

(1) Los Catedráticos comprendidos en las medidas mencionadas son los señores D. Francisco de la Pisa Pajares, D. Benigno Cafranga, don Francisco Ginés de los Ríos, D. José Manuel Piernas, D. Salvador Torres Aguilar, D. Juan Manuel Orti y Lara y el Sr. Marqués de la Merced, excedente de la Universidad de Granada.

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

científica que gira al rededor de la Biología; bien porque la medicina convertida en higiene haya extendido su influencia hasta lograr la solución ó fijar planteamiento más racional en muchos problemas de interés público; bien porque los progresos hayan estrechado antiguas distancias entre la medicina y la ciencia del derecho ó bien porque haya sorprendido y admirado en estos últimos años el valor intrínseco de algunos métodos de curación, en cuyo fausto advenimiento cabe á las ciencias físico-químicas y naturales mucha parte de la gloria que así se ha conquistado para la de curar, madre de todas ellas.

A su vez las ciencias especiales de la medicina trascienden en muy variada forma á otras ciencias afines ó distantes y á diversas manifestaciones humanas. La cirugía moderna, para no fijarme más que en la rama de mi preferente obligación, ilustra de contínuo á la ciencia de la vida, constituyendo la única fisiología experimental posible para estudiar el organismo del hombre; corresponde luego á los notorios beneficios recibidos de las ciencias naturales con el estudio de seres microscópicos, que solo en ciertas enfermedades ostentan los rasgos característicos de su especie; ofrece también á las ciencias morales y políticas, para determinados asuntos, criterio bien sentado de conservación y de reforma, no menos estimable porque haya de aplicarse al través de analogías difíciles de establecer; contiene además, en los verdaderos milagros de la asepsia, un poderoso resorte pedagógico capaz, como no lo es otro alguno, para imponer los imprevistos bienes del aseo corporal, que debe ser trasunto fiel de la pureza del espíritu, y que al defender á nuestras superficies heridas de todos los daños exteriores, demuestra la tendencia de la naturaleza á la curación; y sin salir de este terrreno, presenta una prueba más, simbólica, pero expresiva, de que la niñez y la adolescencia propenden, naturalmente, al bien, y que á la manera de nuestros tejidos embrionarios en la reparación

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

traumática, necesitan que no se perturbe su espontáneo desarrollo con los impuros tópicos de una educación sofocante y favorable á todo linaje de nocivos fermentos.

Son estos méritos más que suficientes para que la Cirugía recuerde ya sin sonrojo su exclusión de las Universidades, como el Derecho civil, también víctima algún tiempo de esta especie de ostracismo universitario, y como antes de mucho lo habría conseguido la misma Gimnástica (que habiendo vivido al amparo de la Universidad un breve plazo, ha quedado asimismo expuesta recientemente á la intemperie de nuestra iniciativa individual), si la equitativa tutela del Excelentísimo Sr. Ministro de Fomento, D. Segismundo Moret y Prendergast, no hubiera ofrecido, por Decreto del 13 de este Septiembre, el albergue oficial que más conviene á este acreditado medio de educación.

Ahora bien; aparte de motivos personales apenas dignos de recuerdo, estas vicisitudes de la enseñanza gimnástica me inducen á elegir de ella mi tésis, no sin haber antes intentado, por el enlace de esta esfera pedagógica con la Facultad que tengo la fortuna de representar, defenderme de todo cargo referente á la impropiedad de esta elección.

Desde luego salta á la vista que en el movimiento progresivo de la humanidad quedaría muy menguada la ciencia precisamente más humana, si redujera su misión á sostener los intereses de la salud individual, y aún cuando la extendiese á remediar los quebrantos sanitarios, más ó menos estóicamente soportados por la masa de la población.

El grado de cultura que alcanzamos resulta todavía muy escaso para hacer sentir á las colectividades una compasión capaz de mantener, enlazada con los sagrados deberes de familia y con el celo médico, el puro y absoluto individualismo en que se agitan estas actividades junto al lecho del dolor. Para los destinos de una generación, los esfuerzos de la medicina individual carecen de trascendencia, si no los ensalza

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

el peligro de algún personal prestigio de primera magnitud, entre los pocos hoy á la altura de influir en los destinos de una nación.

Las ciencias médicas van tomando vuelo más alto, porque su ideal, excediendo á las exigencias sociales que su profesión tiene impuestas, no solo abarca la restitución y la conservación de la salud, sino el *perfeccionamiento* de la especie humana. En efecto, *imposible concebir perfectibilidad humana que no tenga su base en la organización corporal*, como ya lo había declarado plenamente el gran Descartes, revelando á su época, en este pensamiento, la clarividencia que la condición de médico debió procurar á la poderosa iniciativa intelectual de este filósofo tratándose de la naturaleza humana; y como quiera que el mejor camino para realizar este ideal se abre por el lado de la juventud, tesoro por todos apetecido para implantar las reformas de mayor alcance, me figuro haber llegado al cruce de la medicina y de la pedagogía, á donde pertenecen las modestas *Notas sobre educación física,* con cuya lectura voy á poner á prueba la indulgencia de este respetable auditorio.

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

I

Al reformador que se propusiera restaurar en el hombre civilizado los rasgos peculiares del hombre natural, á través de las mutaciones impresas sucesivamente en nuestro organismo por los innumerables estímulos que de contínuo lo solicitan hacia rumbos más ó menos desviados de su original tendencia, le sería de todo punto imposible aún la previa tarea de discernir lo espontáneo y lo artificial dentro del género de vida que nos corresponde en el momento presente de la evolución humana.

El sistema dentario y el trayecto digestivo parecen pedir una alimentación igualmente variada para todas las razas é indivíduos humanos, y, sin embargo, prescindiendo de incidentales pormenores, el predominio de ciertos alimentos se ajusta aún más que á las diferencias étnicas, geográficas y climatológicas, á condiciones sociales que en todos los pueblos civilizados procuran una forma común de sustento alimenticio. Entre el sinnúmero de bebidas usadas por el hombre, el agua parece la única natural, y, no obstante, todos los pueblos cultos y salvajes hacen uso de bebidas fermentadas, algunas bien repulsivas, hasta que el vicio ó educación, según quiera llamarse á este singular acomoda-

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

miento, las va haciendo agradables. Iguales ó parecidos contrastes hallaríamos comparando las más ostensibles exigencias de la piel, así con la forma y demás cualidades del vestido, como con las prácticas de aseo de los diversos pueblos, siendo también de advertir que el estado salvaje ofrece asimismo en este punto desigualdades notables. No menos contradictorios son, en fin, los resultados que se obtienen al relacionar la conformación de nuestros órganos de movimiento con las actitudes y con los ejercicios que adopta el hombre según su destino, sin que tampoco los pueblos salvajes descubran un tipo natural y más ó menos perfecto á que atenerse en esta indagación. En África vive una raza espléndida, la de los cafres, que son corpulentos, esbeltos y animosos, al lado de pueblos que llevan el mismo género de vida y cuyos indivíduos son, sin embargo, menudos de cuerpo como los bosquimanes ó extremadamente desgarbados como los hotentotes.

La libertad humana y la adaptación al medio, enfrente del poder congénito que se revela en el sello de cada indivíduo, de cada familia y de cada raza, han traído con los siglos este estado de cosas; pero, ya que sea difícil en extremo hallar norma fija á la alimentación, al vestido y á otras muchas necesidades físicas y morales de la vida, resulta muy hacedero perseguir por el lado del ejercicio muscular ese tipo natural desvanecido entre las innumerables y seculares exacciones de la civilización.

Este propósito dista mucho, según puede adivinarse por las insinuaciones que preceden, de aquella afición bucólica con la cual una filosofía pesimista y una literatura atávica hirieron las fibras del sentimentalismo á fines del siglo pasado en Francia. El tipo natural humano no se ofrece en la entonces llamada vida natural, que, lejos de merecer los honores de una restauración, fronteriza al estado salvaje, sería para el hombre civilizado artificial, tediosa, regresiva y suicida, si no la hiciera ya imposible la cantidad de movi-

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

miento civilizador, tan á duras penas acumulado en los tiempos que alcanzamos, y muy capaz por sí sola de contrarrestar los inédicos instintos y las imaginarias exaltaciones de unos cuantos pensadores ó poetas.

No se trata, pues, ahora de mirar á los bosques vírgenes de nuestro planeta, ni á las razas humanas que los habitan en un grado bien poco envidiable de verdadera y natural humanización, ni siquiera hace falta, para volver por los fueros del cuerpo, un solo compás de espera en la marcha de la civilización, harto pausada, con haber ganado una progresiva velocidad en este siglo, para lo que cabe desear ante los ideales presentidos en todos los órdenes de la vida.

Va siendo achaque de calidad contagiosa el de echar á la civilización culpas que no tiene, como lo sería el de atribuir al cristianismo ineludibles degeneraciones ascéticas como la medieval que en verdad nos ha traído el problema contemporáneo de restaurar la educación física. Civilización y cristianismo se compenetran, y son para el hombre moderno perfectamente compatibles con un cabal vigor físico; solo que su aparente incompatibilidad constituye, quizá, el problema más difícil é importante de la pedagogía, la cual, en este punto, no puede dispensarse de retroceder mucho en la Historia si ha de encontrar el hilo de una experiencia valiosa, por desgracia perdida en las penosas vicisitudes del progreso humano y que hoy renace por todas partes, llevando á los organismos, por entre cién generaciones adormecidas, el impulso del pueblo más perfecto en aquella forma de educación, á la manera que el alambre telegráfico conduce, á través de los silenciosos espacios de la superficie terrestre, la vida de la civilización hasta los pueblos incultos más distantes.

No necesito decir que me refiero á Grecia; y estoy seguro de que para alivio de mi tesis será á todos grato refrescar la febril excitación de nuestras presentes impresiones en el plácido ambiente de aquella vida griega, que, con ser tan senci-

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

lla, llegó á formar un modelo, aunque no acabado, de civilización.

Cuando los hijos de familia llegaban á los diez y seis ó diez y siete años en Atenas, un esclavo los conducía á la escuela y á la *palestra*. Desprendidos ya de la influencia materna, entraban de lleno en la vida seria á formarse, educándose en letras, gimnástica, música, y á veces dibujo, según se colige por el programa pedagógico de Aristóteles.

Cuando se estudian las huellas de aquellas simpáticas costumbres en las obras de arte que nos las han transmitido, y se considera que el nuevo alumno había pasado ambas infancias arrullado por los cuentos de la nodriza, haciendo alegre ruído con sus carracas, ejercitando su inventiva en labrar casitas de cera, hacer barcos ó carruajes de cuero y simular ranas con corteza de granado, como refiere Aristófanes, entretenido con perros, conejos, ansarones, cisnes y monos, presenciando riñas de codornices y gallos, trasunto de las luchas atléticas de los hombres, cabalgando ufano sobre largos palos con cabeza de caballo, y jugando, como en nuestros días, al aro, á la peonza, en el columpio, en balancines de cuatro cuerdas, á la comba y á los zancos, se presiente desde luego que los medios de alegría infantil no han aumentado gran cosa desde entonces, se explica bien que al llegar á hombre, el adolescente se despidiera de los objetos amados con sencilla solemnidad (véanse las siguientes frases de unos versos citados por Richter: «Esta pelota preferida y este juguete de mi infancia, la ruidosa carraca de boj, estas tabas, tanto tiempo estimadas, y esta peonza sonora, Fílocles dedica como ofrenda á Hermes»), y se percibe asimismo, por entre las pinturas y barros cocidos que representan los juegos de aquel tiempo, la alegría y la amabilidad del carácter griego.

Suavizaban todavía el tránsito á las horas ya laboriosas de la escuela, frecuentes fiestas como la de las musas, en que los jóvenes alumnos, acompañados de sus maestros y amigos,

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

iban en procesión á los templos de Apolo y de Diana para alabar á los dioses. A su vez, en la *palestra*, se celebraban las fiestas gimnásticas anuales llamadas *hermeneas*, donde se rivalizaba en fuerza y en destreza, después de haberse dedicado colectivamente un sacrificio á los dioses.

No menos halagadoras atenuaciones encontraban los jóvenes novicios ante la fatiga muscular. Por de pronto, el *Paidotribo* cuidaba de que el ejercicio fuera proporcionado á las aptitudes de cada uno, y antes de pasarlos al *Efebeo*, salón gimnástico propiamente dicho, los hacía practicar la carrera (á cubierto en el *Kisto* ó al aire libre en el *Dromo*), el salto, el disco y las pequeñas flechas, dejándolos, además, largos ratos de juego á la pelota y de trepar, mal que bien, por las cuerdas pendientes, único aparato fijo de gimnástica usado por entonces.

De suerte que, dedicada la mañana á la escuela y la tarde á la *Palestra* (1), el joven griego hacía lo que podemos llamar su tardía primera enseñanza en una forma de comodidad que contrasta escandalosamente con el angustioso apresuramiento impuesto por las exigencias modernas al niño y al adolescente de nuestro siglo.

No parece haberse efectuado con más apremio lo que en Grecia correspondía á nuestra segunda enseñanza, refundida en la anterior y solo designable con esta arbitraria denominación por haber sido la superior de aquellos tiempos en los cuales las enseñanzas profesionales no revestían carácter público ú oficial (las escuelas filosóficas constituían, en realidad, la instrucción enciclopédica, propia de las clases cultas).

Y en verdad que resultaría interesante un buen paralelo

---

(1) No están los eruditos muy acordes sobre lo que eran la *Palestra* y el *Efebeo;* parece lo más probable que aparte de las numerosas Palestras, los gimnasios tenían una sala de este nombre, y también llamada *Efebeo,* con destino para los ejercicios de mayor esfuerzo.

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

descriptivo entre la *Academia*, el *Liceo* ó el *Cinosargo* (siquiera este último gimnasio estuviera destinado á los bastardos y á los hijos de mujeres no ciudadanas de Atenas) y cualquiera Universidad de las actuales.

Aquéllos se hallaban emplazados en las afueras de las ciudades, al aire puro del campo, mientras que éstas permanecen encajadas, por lo general, en los barrios más densos de nuestras poblaciones. Aquéllos ostentaban una distribución variadísima para mayor elegancia de su arquitectura, hoy no más que presentida por los admirables restos de sus columnas, en tanto que éstas ofrecen una serie de monótonas estancias, sin respiro artístico posible en su construcción, ni ingenio alguno en su aprovechamiento. Los alumnos, en aquéllos, podían asomarse libremente á una *exhedra*, donde se discutían los problemas más difíciles de la filosofía, y si querían mejor *oir al disco que al filósofo*, según la expresión clásica, volver al *Efebeo* ó al *Kisto* para seguir las peripecias de un pugilato ó de una carrera. En cambio nuestras cátedras parecen emboscadas donde cualquier incauto oyente tiene que sobrellevar todos los incidentes de una lección para no turbar la austera clase con una salida ruidosa y desatenta.

No cabe negar que repugna á nuestras costumbres aquella desnudez completa, de cuyo adjetivo griego γυμνος provienen, como es sabido, los nombres derivados de la gimnástica; y á buen seguro que nuestros jóvenes no vacilarían en retroceder ante aquellas palabras de los espartanos en sus campos de juego: «*desnúdate ó vete.*» También es cierto que hoy recibirían aplicación algo distinta de la que tenían en aquellos gimnasios, el *Eleoterio*, donde se ungía todo el cuerpo para hacer más resbaladiza la piel en la lucha, y el *Conisterio*, á donde se pasaba desde el anterior á cubrirse de arena, con el triple objeto, sin duda, de no exagerar la condición exprésada, de procurar en ella la igualdad posible entre los combatientes y de contener el sudor antes de bajar á la *Palestra* ó

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

Efebeo. Dicho se está que tampoco en nuestros días se usaría el *Alipterio*, que servía para raspar la piel, después de la lucha, con almohazas recíprocamente manejadas, y prepararse al baño.

Pero calculada la distancia que nos separa de la Grecia clásica y atendiendo solo al bien de la juventud, entre aquella lucha reglada, comedida y violenta á la par, intervenida incesantemente por el *paidotribo* y en la cual todo movimiento debía estar conforme con la tradición, y los encontronazos de mal gusto con que nuestros aprisionados alumnos suelen dar natural expansión á sus músculos encogidos por largas horas de clase sedentaria, en los más ó menos lóbregos claustros ó en las escaleras de nuestros edificios universitarios; entre aquellas luchas artísticas que terminaban plácidamente con los mútuos cuidados corporales del *Alipterio*, y el rencor que lleva hasta la calle las pendencias interescolares que hoy se estilan, y entre aquel alto sibaritismo que tenía su última expresión en el *Tepidario*, en la cámara de sudación ó en el baño frío, y nuestros hábitos de abandono, que privan al alumno hasta de un estrecho local provisto de un lavabo y una barata pastilla de jabón, cabe ciertamente alguna reforma de la vida escolar, que alejando desde luego las sensuales y repulsivas derivaciones de aquella educación gímnica, en el sentido etimológico de la palabra, recordara lo que Luciano hace decir á Solón cuando éste enseña al joven Anacarsis la lucha en una *palestra* griega: «Yo quisiera poderte mostrar uno de esos jóvenes descoloridos que se crían á la sombra, al lado de un alumno cualquiera del *Liceo*, y cuando éste se hubiere sacudido la arena y saliere limpio del baño, preguntarte á cuál de ellos querrías parecerte. Estoy bien seguro de que á la primera ojeada tú preferirías un cuerpo robusto y firme á un cuerpo blando, afeminado y pálido, que no tiene sangre, ó la retiene agolpada en las entrañas.» Compárese, en efecto, el aspecto de un grupo escolar de nuestras universidades

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

al salir de una clase y el que se adivina en aquellos jóvenes cuando volvieran á sus casas con el placer interior y la nobleza de maneras que deja en el cuerpo y en el espíritu una tarde bien empleada en la educación física.

Y volviendo la vista á las más brillantes manifestaciones de nuestra vida universitaria, ¿obtendremos alguna ventaja en el parangón que intento esbozar entre la enseñanza oficial de nuestros días y la educación griega? Sin salir de este suntuoso Paraninfo, donde el arte contemporáneo ha reunido los estímulos más eficaces para hacer sentir amor á la ciencia, ¿no se echa de menos algo que especialmente recuerde á la juventud la cultura corporal, tan desatendida en nuestra época, y que desde este año ha perdido hasta la modesta pero viva y genuína representación que traían á este puñado de jóvenes selectos los premios de la suprimida Escuela central de Gimnástica? (1).

Por su parte esta atractiva solemnidad, con ser el acto social de más alcance en el pasado y en el porvenir, puesto que la apertura de un curso viene á ser para la nación lo que el advenimiento de un hijo para la familia, ¿no resulta una fiesta de privilegio, encerrada en límites reducidos de clase y sin raíces ni expansiones bastante íntimas ni extensas en la cultura pública? ¿Quién se obstinaría hoy en equiparar el esplendor y los resultados de esta severa función académica con los encantos, alegrías, trascendencia cronológica y sello nacional que revestían aquellos juegos olímpicos, cuyo *estadio* llegó á tener cabida para 40.000 concurrentes?

Ocioso me parece declarar que no suspiro por la resurrec-

---

(1) Siendo Rector de esta Universidad el Excmo. Sr. D. Francisco de la Pisa Pajares, que mostró, sobre otros, el raro mérito de estimar el alcance de la Escuela de Gimnástica, no solo presidió los certámenes que se celebraban en esta Institución, sino que autorizó para que los alumnos premiados de la misma concurrieran, en concepto de tales, á la apertura de la Universidad.

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

ción aventurada y anacrónica de aquellas fiestas que tuvieron su tiempo y dejaron ya su espíritu en la historia (1); pero algo de este espíritu va infiltrándose en la Pedagogía moderna, y conviene estudiar sus rasgos más característicos.

El primero en importancia se revela en Platón, cuando este Maestro recomienda una gimnasia sencilla y regular bajo el principio de que en todos los ejercicios gimnásticos, así como en los trabajos corporales, el hombre debe proponerse desarrollar la fuerza moral más bien que el vigor físico. Este alto principio cuadra perfectamente con la circunstancia, á primera vista extraña, de haber este filósofo enseñado canto y baile al par que filosofía, y explica que todavía los helenistas no se hayan puesto de acuerdo acerca de si el sobrenombre de Platón se fundaba en la anchura de los hombres ó en la de la frente de aquel pensador extraordinario. Suya es también la opinión de que «la enseñanza de la música es de verdadera importancia, porque acaso la gimnástica y la música hayan sido establecidas para formar el alma,» y la de que «los dedicados exclusivamente á la gimnástica, adquieren una rudeza excesiva, á diferencia de los que cultivan solamente la música, los cuales ostentan una molicie degradante, siendo la harmonía entre ambas la que hace el alma valerosa y moderada al mismo tiempo.»

En plena consonancia de este sentido tan espiritualista, la misma gimnástica, aparte de su división práctica en militar, higiénica ó médica y atlética, se bifurcaba por su aspecto técnico en la *orquéstica*, que era principalmente de agilidad, y la *paléstrica*, que desarrollaba la fuerza, subdividiéndose á su vez la primera en *cibística*, que fomentaba los ejercicios acrobáticos, *esferística*, para todos los juegos de pelota y sus

---

(1) El ensayo hecho en este sentido por la perseverancia del Doctor Brookes, en el condado inglés de Shropshire, del país de Galles, no ha traspasado los límites de aquella localidad, como era de suponer.

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

congéneres (con sitio expreso, el *esferisterio*, en los gimnasios, más en las casas particulares), y *orquéstica*, propiamente dicha, ó baile.

De cómo la tradición ha conservado estas diferentes formas de cultura corporal, podrían desprenderse curiosas é instructivas deducciones. Es lo cierto que los atenienses estimaban mucho y enseñaban á todos los jóvenes la *esferística* y la *orquéstica*, pero la especialidad de los acróbatas no entraba en el programa ó repertorio de los ejercicios practicados en el gimnasio, y se convirtió en oficio menospreciado, como lo prueba la anécdota (1) de aquel rico siciliano, que habiendo prometido la mano de una hija de singular belleza, entre sus numerosos pretendientes, al que desplegara, en el plazo de un año, las cualidades físicas y morales más brillantes, cuando estaba á punto de elegir á un joven ateniense llamado Hiponicos, que había lucido el mayor despejo intelectual, la mayor apostura y una extraordinaria destreza en todos los ejercicios musculares, viendo que el afortunado galán ejecutaba saltos acrobáticos, hubo de decir escandalizado: «Hiponicos ha perdido á mi hija,» á lo que, según parece, el atleta contestó: «A Hiponicos nada se le da de ello,» y siguió como si tal cosa no hubiese oído, dando placer á sus músculos hasta que no pudo más.

Aristóteles dice en su *Política:* «No hay necesidad de que el temperamento sea atlético ni para las faenas políticas ni para la salud..... ni valetudinario é incapaz de rudos trabajos; sino..... que ocupe un término medio entre estos extremos. El cuerpo debe agitarse por medio de la fatiga, pero de modo que ésta no sea demasiado violenta..... y debe soportar todos los trabajos dignos de un hombre libre..... Se debe pensar en formar el cuerpo antes que el espíritu..... someter á los jóvenes al arte de la paidotribia y á la gimnástica; aquélla para

---

(1) Strehli. *La gymnastique chez les anciens. Revue atlètique. 1890.*

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

procurar al cuerpo una buena constitución; ésta para que adquiera soltura..... Se intenta las más veces hacer de ellos (los jóvenes) atletas; lo cual perjudica tanto á la gracia como al crecimiento del cuerpo. Los espartanos..... á fuerza de endurecer á los jóvenes, los hacen feroces, con el pretexto de hacerlos valientes. Pero..... el valor..... no es patrimonio de los más salvajes, sino..... de los que reunen la dulzura y la magnanimidad del león. Algunas tribus..... tienen por costumbre el asesinato y son de antropófagos; otras..... hábitos todavía más horribles; y, sin embargo, no son más que de bandoleros y no tienen verdadero valor..... Los mismos lacedemonios, que debieron..... su superioridad á sus hábitos de ejercicio y fatiga..... hoy son sobrepujados por muchos pueblos en la gimnástica y hasta en combate; y es que su superioridad descansaba, no tanto en la educación de su juventud, como en la ignorancia de sus adversarios en gimnástica. Es preciso..... un valor generoso y no la ferocidad. Desafiar noblemente el peligro, no es cualidad..... de una bestia salvaje, es exclusivamente propio del hombre valiente.»

En estos últimos años una autoridad pedagógica, el profesor inglés Warre (1) reproduce la tendencia aristotélica en este sentido con mayor decisión. Dice el director del célebre establecimiento de Eton: «La educación gimnástica fué por grados perdiendo su carácter liberal para convertirse en profesional, descendiendo así de miras hasta el punto de que el solo nombre de atleta, llevaba consigo, y no sin bastante motivo, el descrédito personal. Aparte de otras consideraciones, es indudable que la cultura del cuerpo, si no está sostenida por una elevada aspiración y un noble ideal práctico, propende fácilmente á rebajar su nivel por sentimientos egoistas y vanidosos..... El atleta se hizo lo que su mismo nombre indica, un mero competidor de premios, y era á menudo tan brutal

---

(1) *Athleties or physical exercise and recreation.* London. 1884.

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

y grosero como estúpido. Se tenía á su clase por haragana, comilona, perezosa é inútil, sin que encontrase ya un Píndaro para cantar sus victorias en lírica inmortal, ni un Fidias, que perpetuase en perfectos mármoles sus espléndidas formas, sino más bien el desprecio de los filósofos y la burla de los satíricos. El atleta tiene la culpa de cierto dejo desagradable que lleva consigo el nombre mismo de atlética y que nos hace pensar en la conveniencia de haber elegido otra designación para este libro, cuyo objeto es encarecer las saludables ventajas de los ejercicios corporales á la presente y á las futuras generaciones.»

¡Pobre atleta! El mismo Sr. Warre, su nuevo detractor en Inglaterra, reconoce que el espíritu nacional y las libertades públicas habían decaído lastimosamente cuando la educación gimnástica empezó á degenerar en Grecia, y, sin embargo, trata con tanta dureza á los gimnastas de profesión! Se explica que Aristóteles, con todo su genio, no acertase á comprender el alcance del atletismo griego, pero en la época moderna es preciso dejarse llevar demasiado de la exterioridad social ó fijarse en circunstancias excepcionales de localidad para menospreciar á los artistas del sentido muscular, precisamente cuando las artes que deleitan al sentido de la vista y al del oído, van ganando, de siglo en siglo, el prestigio que merecen, á duras penas conquistado desde los comienzos del renacimiento. Sobresalir en una actividad cualquiera á espensas de las demás, podrá ser, y es en efecto, *aunque no siempre,* una deficiencia personal que la Pedagogía está llamada á evitar; pero convertir en motivo de descrédito individual y colectivo al trabajo máximo en un arte cuyos rudimentos se juzgan legítimos y provechosos, no deja de ser una preocupación como otras muchas que todavía pesan indebidamente sobre nosotros.

Eurípides, antes de ser poeta trájico, había sido un distinguido campeón del pugilato, y aunque Eurípides era de

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

Atenas, pueblo bastante delicado para pretender una fuerza brutal, no sazonada por la cultura del espíritu, ateniense también era Hiponicos, y su respuesta, que se hizo célebre, vale, en mi modesto sentir, por todos los elogios de filósofos y pedagogos á la educación física. En la anécdota figura este joven ateniense como un modelo de cualidades físicas y morales; así es que, al contestar al desdén con el desdén, no solo resalta la injusticia con que es maltratado, sino que se deja traslucir una de las adquisiciones más valiosas, á mi juicio, de la educación griega; esto es, el amor desinteresado á la gimnástica y la exaltación de este sentimiento, hasta el punto de dominar con él, sin el menor esfuerzo, las más vehementes aspiraciones de la vida.

Nadie sustentará que el atletismo tenga valor pedagógico directo; pero la pedagogía es un arte de aplicación que no debe renunciar á fuente alguna de prácticas útiles, la atlética inclusive; antes, por el contrario, debe reconocer la bondad y pureza de sus aguas, aunque á veces se hallen éstas enturbiadas por personales defectos, y aún cuando siempre se requiera someterlas á atenuantes preparaciones para hacerlas asimilables á la generalidad de los jóvenes. Los términos medios son obra de muchos y privilegio del tiempo; no hay para qué preocuparse demasiado de su logro; lo difícil y más estimable es alcanzar lo máximo aún á riesgo de exageración, porque encierra el resorte para perpetuar el arte respectivo y para obtener una más alta tesitura de la mediocridad que domina en todos los órdenes de la vida.

En una palabra, deprimir socialmente al atletismo es olvidarse de la diferenciación de las actividades humanas y creer que una educación física tan exuberante como la griega, no había de engendrar un arte pura, es decir, desprendida de todo celo militar, de toda caución higiénica y de cuantas necesidades prácticas hubieran contribuido á darle el ser. Las artes, como los niños, se hacen grandes y quieren vivir inde-

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

pendientes, aún cuando por esto mismo resulten desheredadas.

Al concepto espiritualista del ejercicio muscular y al mérito de haber sugerido la atlética, agrega la pedagogía helénica otro progreso aún más valioso, cual es la más exaltada consagración de los juegos corporales.

Los juegos nacieron en Grecia como las flores en el campo, y aunque estas hermosas expansiones de la naturaleza humana llegaron á adquirir carácter sagrado en el pueblo artista por excelencia, con el tiempo han ido perdiendo de estimación, y en el día muchos aún los consideran como cosa de escaso valor, incurriendo así, para con estos placeres de la infancia, en el mismo insano despego que los anteriores párrafos hacen resaltar respecto á las inefables emociones pueriles que todos debemos á los circos gimnásticos.

Tarde, pero al cabo vamos aprendiendo á estimar la trascendencia de esta pérdida. Schiller, cuyas *Cartas sobre la educación estética del hombre* he de citar muchas veces en este discurso, dice con muy bien sentida verdad, que debe considerarse como un *maximum*, el punto á que llegó la civilización griega. Esta, según el poeta, no podía elevarse más, porque solo hasta cierto límite cabe asumir en un conjunto plástico el desenvolvimiento y el calor de la vida social, ni podía permanecer ya estacionada, porque la suma de nociones adquiridas forzaba á la inteligencia á prescindir del sentimiento y de la intuición, para procurar la posesión de la verdad, en nuevas manifestaciones.

«Cuando se compara la civilización griega, añade Schiller, con la nuestra, y nos figuramos aquella naturaleza animada con todos los encantos del arte y ennoblecida con toda la dignidad del saber, sin convertirse, como nosotros, en víctima de estos dones, se descubre que la Grecia nos supera, no solamente por aquella sencillez tan extraña á nuestras costumbres, sino porque los griegos tenían fondo y forma á la vez, eran filósofos y artistas y resultan delicados y enérgicos, re-

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

uniendo en un tipo espléndido de humanidad, la juventud de la imaginación á la virilidad de la razón. No se puede desconocer la superioridad de la generación actual, considerada en su unidad y estimada en la balanza de la razón, si se la compara á la generación más favorecida del mundo antiguo; pero es preciso para ello que la batalla se dé en masa, bien apretadas las filas, y poniendo enfrente pueblo á pueblo. Y sin embargo, ¿quién de los modernos se atrevería á avanzar solo para disputar á un ateniense, en una lucha cuerpo á cuerpo, el premio del valer humano? ¿Y de dónde puede provenir esta inferioridad del indivíduo, á pesar de la superioridad colectiva? ¿Por qué el griego podía representar á su época, y el más aventajado de los tiempos modernos no puede abrigar esta pretensión? Porque el primero había recibido sus formas de la Naturaleza, que todo lo une, y el segundo del entendimiento, que lo separa todo.»

No hemos de renegar en absoluto de este mal, tan necesario al progreso humano como el análisis al de las ciencias; pero bueno es mirar en el camino por donde la humanidad ha ido dejando esas formas naturales, para ver de recobrarlas sin obscurecer lo más mínimo la luz intelectual que señala el rumbo progresivo á las generaciones. En el circo romano, más bien que bajo el atletismo griego, se descubre ya el primer signo de degeneración en las costumbres públicas. Como prueba de este aserto, basta recordar que los romanos desdeñaron siempre los juegos propiamente atléticos, ó los toleraron á lo sumo, en los intermedios de sus grandiosos pero depravantes espectáculos; mientras que Grecia, siendo colonia romana, repugnó por su parte, con rara persistencia, la invasión en sus fiestas de los gladiadores y de los combates de fieras, que mantuvieron por más de seis siglos la febril afición de Roma y de los pueblos por ella conquistados, á las emociones sangrientas.

Conservamos todavía mucho en España del gusto romano

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

para que necesite reproducir al detalle aquella ataxia popular condensada en la frase *panem et circenses*, que tenemos bien recientemente arreglada al castellano como emblema del carácter nacional; ni siquiera haría efecto entre nosotros comentar el conocido *morituri te salutant* de los gladiadores al César, ni el *police verso* con que la plebe del anfiteatro romano condenaba á los gladiadores vencidos. Familiarizados con este género de impresiones, aunque hayan llegado á nosotros con menor magnificencia, y algún tanto mitigadas de inhumanidad por la cultura moderna, podemos darnos por bien informados del espíritu y de los resultados de la educación física romana, y aún apreciar lo que representa respecto de la griega, en cuatro malos rasgos diseñada.

Y, sin embargo, por uno de esos contrastes raros que proporcionan los grandes sucesos, las fiestas romanas, que solo pueden inspirar aversión á cuantos se interesen por el valor educativo de las costumbres atléticas, nos han legado un modelo de inestimable mérito, hasta para la educación física, y bastante superior, tanto moral como físicamente, al atleta griego; el *mártir* cristiano.

La civilización griega no podía prevalecer por los defectos morales que la empañaban. El menosprecio de la mujer, la adopción definitiva de la esclavitud, la tirante distancia entre las clases sociales, la falta de profesiones, que tanto ha contribuído al progreso, y otras muchas señales de la vida pública y privada, acusan el lamentable atraso de Grecia en el desarrollo del sentimiento de humanidad.

Pues bien, otro *maximum* de civilización, el cristianismo, aún más elevado que el griego, corrigió de un golpe todos estos males, y su obra educadora física se halla sintéticamente comprendida en el martirio, escuela sublime de la voluntad, purificada ya del rebajamiento moral de las escuelas romanas donde se educaban los gladiadores.

El gladiador y el mártir pertenecen á la historia antigua,

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

pero su espíritu se transmite á la Edad media, conservando el profundo antagonismo de su origen, aunque influyéndose entre sí por la natural evolución de las costumbres, para dar origen á los decantados tipos del caballero y del asceta. Un tercer factor surge en los últimos siglos medievales como heraldo de los inventos modernos y que imprime cambios radicales en la forma de la guerra, y por la mediación de ésta en la preparación del cuerpo humano; la invención de la pólvora. Con estos tres elementos, dispersos, á veces momentáneamente enlazados y de oposición recíproca constante, aumentada por el predominio sucesivo de nuevas clases sociales que escindieron el tipo caballeresco en los más equilibrados del militar y del hombre civil, ha venido sosteniéndose la educación corporal sin carácter propio hasta la época presente.

El mismo Schiller decía hace cien años: «Si se comparan las carreras de caballos de Londres, las corridas de toros de Madrid, los antiguos espectáculos de París, las regatas de Venecia, los combates de animales en Viena y la alegre vida del Corso en Roma, no será difícil señalar los matices del gusto en estos diferentes pueblos. Por lo demás, cuando se observan las costumbres de estos pueblos, se advierte mucha menos uniformidad en los juegos populares que en los de las clases acomodadas, lo que se explica fácilmente.»

Este divorcio entre los juegos y los festejos constituye la señal más palpable de la degradación física de las costumbres. Cuando el poeta alemán escribía lo que antecede, nuestro Jovellanos, en su Informe sobre los *juegos, diversiones y espectáculos,* se lamentaba del triste aspecto de los pueblos de Castilla en un día de fiesta, bajo un sol esplendoroso y sin gente apenas en plazas y calles, comparado con la animación y alegría de los pueblos vascongados en iguales días, allí dedicados al baile público, al juego de pelota y á disfrutar la mayor libertad que la buena moral permite.

Hoy nos encontramos, poco más ó menos, como hace un

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

siglo, con la diferencia de que surgen por todos lados signos de inquietud moral y conatos de reforma en las costumbres, á los cuales se hace preciso atender con exquisito esmero para encaminarlos debidamente, bajo las inspiraciones de una pedagogía higiénica, ó, mejor todavía, de una higiene pedagógica, si queremos alejar, hasta con las palabras, toda complicidad en las prácticas que han traído el presente decaimiento de la educación física.

He procurado, á este efecto, rehabilitar al atleta, si bien con el sentimiento de no ser mejor abogado para su causa. Voy á intentar ahora la rehabilitación, aún más urgente, del juego físico, sin perder de vista la altura de miras con que fué cultivado en Grecia.

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

II

Así como para la Química no hay substancia repugnante ni despreciable, y acaso las que en la vida ordinaria aparecen menos valiosas y atractivas pueden adquirir, con las mágicas elaboraciones de esta ciencia, valor inesperado, los actos humanos que se juzgan por más triviales pueden descubrir á la Psicología y á la Fisiología una importancia que el sentido vulgar dista mucho todavía de concederles. Este es el caso de los juegos corporales, que se suelen mirar como meros pasatiempos, sin raíces hondas en la humanidad y agenos á toda verdadera importancia en la vida, cuando no se les juzga por los daños que hayan podido ocasionar; y, sin embargo, pocas actividades humanas hay cuyo aspecto de seriedad cautive más á un espíritu observador que el de este linaje de actos, los cuales representan, quizá, el documento histórico más humano que poseemos, la tradición psicológica más fiel que podemos seguir y el depósito más rico de energías que tenemos disponible para el progreso.

La investigación de los juegos en las primeras edades de la humanidad ofrece dificultades tan insuperables como el origen del lenguaje; y aunque algunos pensadores como Erdmann (1)

---

(1) Erdmann. *Ernste Spiele*, p. 153.

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

han intentado algo en este camino, las conjeturas á que por él se puede llegar carecen de valor instructivo, ofreciendo, á lo sumo, pruebas de confirmación, más ó menos estimables, de los resultados obtenidos en el examen de otros aspectos, según iremos viendo en este ensayo.

La observación de los animales acaso pudiera, por analogía, revelar el origen fisiológico de los juegos que el hombre ejecuta; pero cabe dudar de si ciertos movimientos calificados como juegos en los animales, se deben á mecanismos semejantes á los que hacen jugar al hombre. Para resolver esta duda sería preciso, de antemano, comparar los llamados juegos en los diferentes animales con arreglo á la actividad dinámica que éstos despliegan durante su existencia. Las fieras parecen jugar en sus primeras edades de modo muy perceptible, pero los moluscos y demás animales de vida fija ó sedentaria carecen de tal propiedad ó la muestran mucho menos. Ahora bien; ¿no indica ya esto que el juego es un anticipo de la agilidad y fuerza que los animales deben desplegar durante su vida, cuando apenas transcurrido el período de su lactancia, han de exponerse á los azares de la conservación individual y específica que fatalmente les están impuestos? ¿Qué se ve aquí sino que el juego en estos seres, lejos de representar una como tracción pedagógica, debida á insinuaciones instintivas de los padres, es más bien una expansión de las aptitudes innatas que traen al mundo, esto es, una *vis à tergo* de su capacidad específica para la lucha y el movimiento?

Schleiermacher (1) dice que los animales pequeños se sienten impulsados á jugar, no por un fin exterior que en el porvenir tengan previsto, sino solamente por su estado fisio-psicológico interior, que busca instintivo descarte en el juego. El gatito que zarpea, durante su lactancia, en el aire ó con cual-

---

(1) *Werke*. Band IX. S. 77.

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

quier objeto, no aprende á cazar, porque no tiene todavía idea de la caza ni de su objeto. Desea sencillamente hacer movimientos, y éstos resultan adecuados á su organismo, el cual está dispuesto á su vez para vivir de su presa.

Si bien se mira, los juegos de los animales son de suyo tan estadizos como su trabajo, y, por otra parte, los animales educados por el hombre revelan en sus juegos aprendidos el sufrimiento de llevar sobre sí un elemento extraño, que en vano se ha tratado de ingertar en la limitada plasticidad de sus aptitudes psicofisiológicas.

Los llamados juegos de los animales no pasan de ser brotes espontáneos de disposiciones más tardías, necesarias para el propio sostenimiento. Aún en los casos, bien excepcionales por cierto, de la participación de los padres en los aparentes juegos de los animales, en remedo de una enseñanza instintiva, pero admirablemente desenvuelta, estos movimientos no representan sino, como dice el mismo autor, «desprendimientos de una fuerza íntima que la Naturaleza va acumulando, sin esperar á excitación exterior alguna, y en los cuales el organismo desempeña un papel completamente pasivo, sin que la espontaneidad individual se adelante, en forma alguna de reciprocidad, hacia las solicitaciones del medio ambiente.»

Ahora bien; estos conceptos aplicados á los albores de la humanidad obligan á pensar en si el hombre primitivo se acercaría en sus costumbres á los animales de sustento difícil y disputado, ó si debió encontrar desde luego una alimentación cómoda y copiosa. En el primer caso, sus juegos debieron nacer por el móvil antes indicado, y solo la capacidad progresiva del hombre los pudo distinguir, con el tiempo, de los siempre iguales y estadizos que dichos animales ostentan. Bajo la segunda suposición, los juegos revelarían aptitudes independientes de la conservación del indivíduo y extrañas á la lucha por la subsistencia ó un desarrollo de pasiones intestinas que hicieran nacer la educación para la guerra, lo

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

cual resulta inadmisible, puesto que no faltan motivos hasta religiosos para creer en la vida placentera de las primeras generaciones.

Si no fuera arriesgado analizar la sentencia que condenó al primer hombre á un trabajo perpétuo, podría encontrarse en la Fisiología comparada y en la Etnografía razón suficiente para suponer que el trabajo humano ha empezado bajo la forma de juego corporal, y que debieron necesitarse muchos siglos para que los movimientos más ó menos regulados del mecanismo humano se enderezasen á un fin premeditado. El juego aparece, según estas presunciones, como el germen de la actividad humana que nos ha procurado la civilización actual.

Pero estas ideas hacen presentir en los juegos del hombre cierto retroceso á la vida común zoológica, y si antes he puesto empeño en anticipar la convicción de que las tendencias modernas de la cultura física distan mucho de acercar al hombre á la condición de las razas y pueblos que hacen tan solo la vida llamada natural, de poco serviría este cuidado si, al escudriñar el origen del juego en los animales, hubiera de caer en tan extremado atavismo.

El juego corporal es una de las cosas más humanas de que disfruta el hombre, y este es el primer título de nobleza que debemos invocar cuando nos proponemos investir á la Pedagogía con el derecho de incorporar á sus métodos instructivos las expansiones atléticas.

Ya hemos de reparar cómo juegan los animales y aún los elementos de la naturaleza, para no confundir lo que de estas formas de juego participa el hombre salvaje, con otras propias y exclusivas de los grados más altos de la civilización humana.

Lo que no puede saberse á punto fijo del hombre primitivo, por sus escasas y esparcidas huellas, ni de los animales por su indeciso aunque variado jugueteo, se compensa en gran

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

parte con el estudio prolijo y desprevenido de los juegos infantiles, trasunto, sin duda, de la actividad total de los primeros pueblos, como he dicho antes, y síntesis fecunda á la vez de las innumerables formas del juego en los animales.

Declaro ingenuamente que cuantos esfuerzos se han hecho y se hacen por encontrar los retoños de la inteligencia humana en la psicología infantil, me parecen desprovistos de apoyo bien sentado, pues tengo para mí, que el cerebro apenas se sazona, como la gran mayoría de nuestros órganos, en el indivíduo, sino en la sucesión de las generaciones y más al calor del ambiente social que á expensas de ontogénicos estímulos, quién sabe si contrariados, antes que favorecidos, por las arbitrarias exigencias de la sociedad. En otro lugar explanaré esta conceptuosa afirmación, adelantando por ahora que, sobre otros fundamentos, tiene á su favor la fijeza sorprendente de la dotación de células específicas que cada cerebro humano trae á la vida, y la imposibilidad de restitución ó restauración para las que se pierden en los accidentes traumáticos ó patológicos.

Bastante más fructuosa y fácil resulta la observación de los juegos en los niños para descubrir el sello fisiológico y psicológico del adolescente y del hombre en el estado de jugar; y aún cuando parece deslizarse una verdadera contradicción entre ambos resultados tan distintos, so pena de negar al cerebro toda ingerencia en la actividad del juego, herejía de gran alcance pedagógico, la contradicción se desvanece apenas prescindimos, siquiera por un momento, del todavía no bastante corregido intelectualismo que incesantemente obscurece la apreciación de algunos hechos en punto á evolución humana. Con solo recordar que la inteligencia no constituye toda, ni quizá la principal función del cerebro que el cuerpo todo refleja, prescindiendo de la intervención cerebral, la luz psicológica que brilla en cada unidad orgánica, y que el niño comienza á pensar, por decirlo así, con todo su cuerpo,

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

se comprenderá claramente que el rasgo más nimio de un juego pueril entraña una provechosa enseñanza para la pedagogía de todas las edades, ya que la educación, como la higiene, á todas ellas alcanza. Sin embargo, esta enseñanza ha dado motivo á exageraciones que también habremos de reducir á la proporción conveniente y que demuestran una vez más el creciente abismo que la civilización va dejando abierto entre la niñez y la vida adulta.

De todos modos, aunque el juego infantil pueda servir como piedra de toque para los juicios obtenidos al analizar los principales elementos de los juegos humanos, ofrece tan solo un aspecto parcial de la cuestión. El concepto pleno de esta forma de vida no se logra, según se ve, en la investigación de sus raíces, ni en la contemplación de sus retoños más tempranos; así es que procede estudiar los juegos humanos en conjunto, y por decirlo así, clínicamente (perdónese la palmaria impropiedad de esta palabra), para abstraer sus caracteres más salientes y procurar, por el examen comparativo de estos rasgos, una definición, aún cuando resulte empírica, que facilite el aprovechamiento pedagógico que nos debemos proponer.

Todo el mundo ve en los juegos un *impulso* especial que los promueve, siquiera ciertas condiciones fisiológicas y sociales puedan tenerlo adormecido en los indivíduos y aún en pueblos enteros. Lo que resulta extremadamente difícil es determinar la naturaleza, ó por lo menos la forma de este impulso, y definir el juego por esta determinación. Con este propósito, dice Bizyenos (1): «los juegos son formas de actividad, cuyo objeto está reducido á la satisfacción momentánea de un impulso interior, pero que al mismo tiempo deben ser las más apropiadas para asegurar el desarrollo y la conservación de las cualidades propias del hombre.» Esta definición es acep-

---

(1) *Das Kinderspiel*, p. 22.

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

table, aún cuando no aclare el origen del impulso citado y lo califique más bien por el ulterior beneficio que reporta.

Comentario muy parecido al que pone Scheleiermacher á su definición agrega Bizyenos á la suya, con la diferencia de que se refiere al niño en vez de referirse á los animales. Dice así: «El niño, apenas venido al mundo, responde vivamente á las impresiones que de todos lados recibe, primero con la mirada, después con las manos y por último con todo el cuerpo; pero no para orientarse en el medio que le rodea como las apariencias indican, sino aprovechando estas ocasiones incidentales para ejercitar, sin saber cómo, sus sentidos y todo su organismo congénitamente preparado para experimentar tales reacciones. Lo que le lleva á observar es un obscuro impulso que no se pone en juego por reflexión previa ó intento deliberado, sino merced á una de las fuerzas inmanentes de mayor importancia para la conservación humana, cuyo desarrollo ha encomendado la naturaleza á estas formas de actividad.»

El concepto de juego resulta así ampliado hasta abarcar no solamente los juegos de los animales, sino todos los movimientos automáticos y reflejos, los mímicos, los de imitación y hasta los actos promovidos por la memoria, todos los cuales satisfacen las condiciones de la definición; y aunque la última parte de la misma exige el requisito de que estas manifestaciones sean las más apropiadas para asegurar el desarrollo y la conservación de las cualidades propias del hombre, ¿quién es capaz de distinguir los actos de esta índole tan variada, que fomentan el desenvolvimiento orgánico útil de los que en sí mismos, aún sin llegar al abuso, constituyen más bien vicios necesitados de corrección ó perturbaciones semipatológicas que piden remedio?

No cabe negar, ciertamente, el valor de los actos reflejos en la constitución y el perfeccionamiento de los juegos y hasta en el nacimiento del trabajo humano. Ya Platón creyó encontrar en los gritos y en los saltos infantiles el germen de la

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

música y la gimnástica, sus dos palancas educadoras antes recordadas.

Pero aún puesto fuera de discusión el origen interno de la iniciativa del juego y la como pasividad del organismo al obedecer á las ligeras excitaciones exteriores capaces de promoverla; aún generalizando el concepto de juego en forma de convenir á todos los seres creados, desde el recién nacido hasta el ave más dueña de los aires, y desde la planta más sumisa á las solicitaciones cósmicas hasta la nube que descarga su electricidad exuberante al menor estímulo, ¿dónde radica y á qué orden dinámico pertenece este impulso que exploramos? Limitándonos al hombre, para menor confusión en las ideas, ¿es dicho impulso un resultado biológico como el calor animal, ó una función de órganos especiales? ¿Es un nuevo agente desprovisto de nombre, porque no tiene otra manifestación que estas formas de actividad? ¿Será la imaginación en los juegos ya coordinados, como quiere Erdmann, ó una misteriosa simultaneidad de facultades anímicas, según vamos á ver que columbran filósofos de primera magnitud? ¿Será preciso escudriñar los impulsos al juego, dividiéndolos en fisiológicos, por decirlo así (á la manera de los actos reflejos ó los instintivos), y psicológicos más extrictamente así llamados, cuales son la comezón imitativa, el ardor de la competencia, el prurito de curiosidad, el afán de perfeccionamiento, etc.?

Basta plantear lisa y llanamente estas cuestiones para advertir que el estudio de los juegos por el lado de su impulso inicial, lejos de resolver las dificultades anejas á este asunto, aumenta la obscuridad ya reinante en este capítulo de *fisiopsicología* pedagógica. Así es que, sin apartar por completo la vista del impulso en cuestión que seguramente prestará alguna claridad de su enlace con otros aspectos, procede buscar la ansiada luz en otras direcciones.

Por cualquier lado que se considere á los juegos, asalta

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

pronto á la perspicacia menos acentuada un atributo de estos actos que los caracteriza bastante mejor que el recóndito impulso á que deben su origen. Este atributo es la libertad.

Aunque por incidencia, Kant, en su *Crítica de la razón pura* afirmó, que siendo el sentimiento de lo bello un sentimiento desinteresado y libre, no se subordina al objeto que lo inspira, sino que juega con él. Tiene, pues, el arte, según el filósofo de Konisberg, algo de juego, precisamente lo que tiene de libre, en cuyo aserto queda sobrentendido que el juego es una forma de libertad. Explicar esta libertad fué una de las labores más primorosas que ha dejado la pluma de Schiller.

Si hube de tomar antes en Descartes la idea de perfectibilidad por la mediación higiénica para acometer bajo buen ámparo el atrevido tema de este discurso, al estudiar ahora la naturaleza del juego, he de dejarme llevar como de la mano por este otro médico, siquiera deba su celebridad no tanto á la medicina ni á la filosofía como á la poesía, el cual ha dicho, por primera vez, sin reparo alguno y en términos rotundos, aunque no siempre fáciles de interpretar con discreción, profundamente sentidos y mágicamente expresados: «*solo cuando el hombre juega es hombre.*»

El gran poeta Schiller, al exponer este atrevido concepto, se refiere, en verdad, más que á los juegos efectivos, al ideal ó sentimiento del juego; pero no se requieren violentos esfuerzos de imaginación para hacer aplicable su genial aserto á todas las manifestaciones de esta innata afición orgánica, como procuraré poner en claro en un breve estudio que servirá al propio tiempo de comentario á dicho principio, algún tanto olvidado, y en el cual se contiene, á mi juicio, el resorte más poderoso para perfeccionar nuestra educación.

La harmonía entre la razón y la fantasía da origen á la complacencia en lo bello y á lo bello mismo, según Kant, y la acción simultánea de la propensión sensible *(sinnliche*

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

Triebe) con la propensión formal *(Formtriebe)* dejan al hombre, física y moralmente, libre, según Schiller.

La propensión al juego *(Spieltriebe),* al decir del poeta, depara al hombre libertad é independencia, así del imperio de las ideas como del de la realidad; una libertad física y moral, porque la realidad pierde, en su concierto con las ideas, su rigidez, haciéndose más reducida, y lo necesario de las ideas pierde la suya al encontrarse con la sensación, haciéndose más fácil. Por esto cree Schiller que, entre todos los estados del hombre, es ciertamente el juego donde resulta más completo y donde puede desplegar decididamente su doble naturaleza. Así es que *el hombre juega cuando se siente hombre en toda la extensión de la palabra,* y *es solo hombre cuando juega.*

Pudiera creerse que Schiller, al expresarse de este modo, empleaba la palabra juego, ó propensión al juego, para designar de algún modo, siquiera fuese simbólico, ese estado de fusión de las dos propensiones fundamentales que admite en el hombre, sin que tal designación tuviera lazo alguno directo con el juego ordinario, ni con la propensión al mismo; pero á lo que más arriba he manifestado sobre el particular puedo añadir, que el poeta aclara este pasaje diciendo: «este nombre de propensión al juego corresponde plenamente al lenguaje común, que designa como *juego* á todo lo que no es *casual* subjetiva ni objetivamente, y, sin embargo, tampoco es interior ni exteriormente *necesario;*» definición que, á pesar de su estructura compendiosa, revela designio expreso de referencia á los juegos efectivos, y, bien meditada, resulta de una admirable exactitud aplicada al *ideal de juego* que el hombre debe tener presente cuanto juega, por los mismos motivos que obligan al artista á concebir un ideal de belleza en sus trabajos.

Hay quien dice que estos asertos fueron un medio de que se sirvió el poeta alemán para fundar la educación estética, y que resultan tan incidentales respecto del juego, cómo las

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

palabras de Kant que los sugirieron; pues, en efecto, Schiller no se ocupa directamente de esta actividad humana sino en ciertos pasajes de sus citadas cartas. También se ha dicho que la aptitud estética no estriba en este equilibrio supuesto de facultades psíquicas, y que dicha aptitud, confeccionada por la fusión de la susceptibilidad sensible y de la capacidad formal de la inteligencia con el privilegio exclusivo de hacer al hombre espontáneo, independiente y libre, no halla confirmación en la experiencia que se tiene de la naturaleza humana. Fácil es adivinar que estos reparos se hallan imbuídos en la preocupación de que el juego no merece la alta importancia asignada por el poeta, ni promueve esta libertad en que se funda precisamente tan rara estimación.

Sin embargo, para desvanecer el primer reparo basta ojear las cartas de Schiller y observar que tocan mil diversos asuntos con mucho menos interés que el del juego. El valor lógico y el aprovechamiento artístico de los conceptos transcriptos respecto de la aptitud estética pueden considerarse en cierto modo agenos, por ahora, á mi propósito; pero regatear la categoría psicológica del juego, fundándose no más que en la negación de la libertad que el poeta alemán le atribuye, es negarse á comprender esta feliz inspiración.

Expresada en términos corrientes la teoría de los juegos de Schiller, resulta de una bellísima claridad aún para los que estamos menos habituados á las lecturas filosóficas. El sentimiento y la razón tienen, según viene á decir el poeta, en la vida, esfera propia y mutuamente incompatible por la heterogeneidad de su origen, de sus medios y de sus fines; el primero se articula con la naturaleza y pertenece al mundo, mientras que la segunda es parte del espíritu, forma pura y en cierto modo potencia formal, antagonista de la materia cósmica. El hombre no puede actuar por sentimiento y por razón á la vez, y, en consecuencia, se revela incompleto siempre que se ve forzado á seguir una ú otra de estas direcciones.

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

Ahora bien; la vida ofrece una esfera en que, desapareciendo aquel antagonismo, á cambio de renunciar hasta cierto punto á la realidad, á lo absoluto y á todo contenido objetivo, el hombre puede ejercitar simultáneamente el sentimiento y la razón; tal es la esfera de los juegos, y así se debe entender la libertad y la integridad humana que Schiller entrevió en el hombre que juega.

Y, en efecto, si este enlace de facultades cerebrales que Schiller armoniza para desentrañar el impulso del juego es inadmisible, vuelve á asaltar la pregunta ¿con qué potencia aislada propende el hombre á esta manera de vida? Y si el juego no es una forma de libertad, ¿cuál es su característica moral ó psicológica? ¿Será, acaso, el placer? Veámoslo.

El placer constituye, indudablemente, uno de los atributos más genuínos del juego humano. Ya Platón lo definía así: «Juego es la actividad que no persigue un objeto práctico, ni teórico, ni artístico, ni nocivo, sino que se emprende solamente por la sensación plancetera que lleva consigo.»

Ahora bien: ¿dónde radica la alegría que produce el juego? ¿En la respiración de un aire libre cuando se juega fuera de las poblaciones? ¿En la contemplación de un buen paisaje que sirve de escenario á la recreación? ¿En el ejercicio muscular, más ó menos contenido por ciertas conveniencias de la vida? ¿En el ejercicio de la fantasía, que promueven los juegos de imitación? ¿En el sentimiento de competencia, satisfecho por el triunfo en los juegos de partidos? ¿En la satisfacción de vencer dificultades físicas, de inteligencia ó de voluntad, como en los juegos de artificio? ¿En alguna tendencia innata á burlar las leyes naturales, como la de la gravedad, siquiera por instantes, con el propio cuerpo, como en ciertos juegos de agilidad, ó con objetos diestramente manejados, como en los juegos de proyección? Por otra parte, la alegría del juego ¿es principio, medio ó resultado de esta función? Desde la primera sonrisa, rayana en carcajada, que arranca al niño la madre

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

que le contempla y sugestiona en su regazo, hasta la última senil expansión provocada por un impulso saludable más ó menos fugaz, ¡cuántas formas de placer y cuánta dificultad para divisar no ya su mecanismo íntimo, tan recóndito, sino solo su motivo ocasional!

Sin mucho meditar sobre las cuestiones precedentes, cáese en la cuenta de que todas las circunstancias tomadas para ejemplo, y otras muchas perfectamente incluibles en la misma categoría, pueden proporcionar placer sin que el organismo las disfrute en la forma de juego, so pena de dar este nombre á todas las emociones placenteras posibles; y como los juegos no siempre ocasionan impresiones agradables, sino que traen consigo penalidades tan hondas y dolorosas como cualquiera otra forma de la vida, resulta que el placer por sí solo no llega á ser la nota característica que investigamos. Variemos, pues, de derrotero.

Es muy frecuente enlazar la idea de juego con la de una compensación de la severidad del trabajo, bajo cuyo supuesto, si ya no placer directo, la propensión al juego proporcionaría, á lo menos, un alivio. En estos últimos tiempos, Schaller (1) propone una definición basada en este criterio: «el juego es, dice, una actividad, una ocupación del hombre en la que no se satisface necesidad alguna, realmente natural, pero que por su antagonismo con el trabajo y con la seriedad de la vida llena un objeto de reparación.»

Aristóteles decía: «La vida se compone de trabajo y reposo y éste es preferible. Pero no se crea que el reposo es el juego; de otro modo, el juego sería el fin de nuestra vida, lo que no es cierto. El juego no es sino una dependencia del trabajo, porque el hombre que trabaja necesita de cierto descanso y distraccion que el juego le proporciona. Debe, pues, saberse

---

(1) SCHALLER. *Das Spiel und die Spiele.* Weimar. 1861.

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

usar del juego como de un remedio saludable que descansa y complace el espíritu.»

A primera vista, este modo de apreciar los juegos parece el más atinado, porque designa la aplicación mejor, si ya no la única, que debe hacerse de esta forma de la vida. Pero ¿es, acaso, el juego como esos artefactos que se definen solo por el uso á que se les destina? Además, estas definiciones inducen á considerar al juego como un resultado del trabajo, y por lo tanto, como posterior á éste en el hombre, aserto que pugna con la idea que tenemos de la evolución humana. Además, basta observar que los pueblos donde más se juega ó se ha jugado distan de ser los más trabajadores, y que los niños, antes de trabajar y de conocer la seriedad de la vida, juegan con todo deseo, para no encarecer demasiado este valor negativo ó indirecto de los juegos. En confirmación de este juicio, los animales domésticos cesan de jugar apenas se les obliga á un trabajo regular, aunque no sea forzado. En fin, la variedad en el trabajo satisface, sin el concurso del juego, esta necesidad de compensación ó de alivio. Un matemático descansará mejor de sus cálculos aprendiendo un idioma ó trabajando en un laboratorio, que poniéndose á jugar al ajedrez. Verdad es que esta compensación exige una cabal salud y un esfuerzo no demasiado fatigoso; pues, de lo contrario, el recurso compensador preferible es el reposo ó el sueño.

Bueno es que se utilice y aún se fomente el expresado concepto de juego, como el de su valor higiénico, en la esfera práctica de la pedagogía; pero es indudable que estos criterios no son los más expeditivos para restaurar en los niños, ni en los hombres, la perdida afición á los juegos atléticos.

El trabajo y el juego, en sus mútuas relaciones, dejan entrever fácilmente sus analogías, pero sus diferencias y su recíproca compatibilidad dan lugar á muchas dudas. Ingenioso es el símil que á este propósito emplea el citado Bizyenos, que, como se ha visto, no admite más diferencia que la

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

del objeto ó destino entre el trabajo y el juego. «En tanto que la actividad humana, dice este escritor, se despliega en sus diferentes direcciones y objetos, única y exclusivamente obedeciendo á los impulsos interiores del organismo, se produce un juego; pero apenas la razón comunica á las corrientes de esta actividad una dirección determinada, ó solamente interpone en ellas un derivador de su fuerza, cuya rueda mantenga ó retire á voluntad, el juego se convierte en trabajo. Y para hablar el lenguaje de la época, si comparamos al hombre con una complicada y delicadísima máquina que por el acceso de impresiones exteriores, mediante sus cinco sentidos, y por la virtud transformadora de su espíritu, desenvuelve un impulso propio, semejante al del vapor á presión, el juego viene á ser la actividad del ventilador de la máquina, que se pone en movimiento merced al mismo vapor, y solo tiene por objeto desalojar la fuerza que no se utiliza en el trabajo, evitando de este modo la transformación de esta fuerza en otra perjudicial, y asegurar así la conservación de dicha fuerza y de la máquina misma. Trabajo, en cambio, es la actividad de las partes de la máquina que, al cerrar el ventilador, recogen la fuerza y la emplean en la obtención de un producto de valor objetivo. La misma fuerza de la misma máquina se pone en acción mediante las mismas palancas y ruedas en uno y en otro caso. El juego y el trabajo tienen en su origen el mismo objeto, desprender dicha fuerza, distinguiéndose tan solo en que el juego procura principalmente el desprendimiento de esta fuerza, mientras que el trabajo la utiliza como medio de obtener un producto objetivo.»

Sin embargo, el juego es algo más que un ventilador y que una válvula de seguridad en la máquina humana. Por otra parte, el beneficio que reporta el juego al organismo es tan objetivo como el de muchos trabajos. Prescindir de esta circunstancia equivale á negar á las artes y á algunas ciencias todo linaje de utilidad en la vida. El mismo Aristó-

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

teles decía: «No es fácil determinar la verdadera influencia y utilidad de la música. ¿Es un simple juego? ¿Es un descanso como el sueño y los placeres de la mesa, que, no siendo nobles en sí mismos, apaciguan nuestros dolores, como dice Eurípides? ¿Es lícito colocar la música al mismo nivel y entregarse á ella como á la embriaguez ó á la danza? ¿No deberá considerarse más bien la música como un medio de llegar á la virtud? Porque así como la gimnasia forma el cuerpo, la música parece contribuir á formar las costumbres por el hábito de un placer honesto. Por último, ¿no contribuirá la música á perfeccionar la inteligencia proporcionándola un virtuoso descanso?

Pues bien: sustitúyase en este párrafo la palabra música por la de juego, y resultarán los sanos conceptos del filósofo griego con la misma fuerza y precisión, como prueba de que bajo la idea expresada en el símil anterior, se hace imposible distinguir el juego de algunas artes. Además, el gasto de fuerza, por el gasto mismo, no caracteriza al juego, como se desprende de otro pasaje aristotélico, continuación del precedente, á saber: «Se dice que no debe convertirse en juego la educación de la infancia: no se instruye jugando, y el estudio es siempre penoso. Nosotros añadimos, que el ocioso recreo no conviene á la infancia ni á la juventud.....»

Ahora bien: el símil citado corresponde no al juego, sino á este ocioso recreo, que es bien diferente; y si las ruedas del organismo que trabaja están enderezadas á un objeto bien definido, la fuerza que parece escaparse por el juego dista de ser una vana expansión de vapor, que se pierde en la atmósfera, sin dirección determinada en la máquina misma, sino que necesita un rumbo y un objeto previstos para que reporte los resultados pedagógicos apetecibles. Esta manera de considerar el juego convendría, en todo caso, á las formas gimnásticas, que solo utilizan el gasto orgánico de la contracción muscular, pero el verdadero juego educativo es cosa muy diferente.

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

Esta breve discusión va descubriendo que el objeto compensador, como el placer, la libertad y el impulso inicial, son elementos esenciales del juego, pero insuficientes por separado para definir esta actividad, la cual radica en profundidades orgánicas muy poco accesibles y hace brotar formas demasiado variadas para que se la pueda reconocer por una sola de sus cualidades en el estado actual de la ciencia fisiopsicológica.

Para los efectos de una aplicación racional de los juegos á la pedagogía paréceme preferible definir estas siempre mal diseñadas actividades, con arreglo á un criterio algo más amplio é inclusivo que los discutidos, y que sin desatender el papel de cada uno de los elementos mencionados, los comprenda en un enlace y en una subordinación mutua, de la cual no sea violento ni fatigoso deducir el lugar que los juegos ocupan entre las restantes manifestaciones de la vida humana, y proceder á los ulteriores desarrollos que cabe esperar de un concepto bien establecido en esta todavía poco estudiada materia.

Así, renunciando desde luego á toda pretensión filosófica, tengo para mí que podría definirse el juego diciendo que es LA SATISFACCIÓN DE UN IMPULSO INNATO Y PLACENTERO Á RECABAR LA LIBERTAD HUMANA POR MEDIO DE EJERCICIOS INSTINTIVOS, ARBITRARIA Y SENCILLAMENTE COORDINADOS.

Distínguese el juego de las artes creadoras en que no contiene representación alguna de obra artística; hay obras de arte, pero no hay, propiamente hablando, obras de juego. Las artes de ejecución ofrecen muchos puntos de contacto con los juegos, pero en ellas la producción supera en importancia á la ejecución misma, siquiera ésta realce, en ocasiones, la obra hasta hacerse imprescindible para el éxito, y aunque otras veces el artista la tome por motivo ocasional de habilidades que excedan á su mérito intrínseco, en cuyo caso resulta un verdadero juego, que vale exclusivamente por la ejecución y no por el artificio que lo regula.

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

El juego tiene con la ciencia, principalmente con la experimental, algunos rasgos parecidos; pero la ciencia al jugar, por decirlo así, con la naturaleza, la subyuga, mientras que el juego tiene algo de tributo á las imposiciones naturales, á cambio de la libertad que proporciona. Se enlaza con el trabajo, en general, hasta identificarse con él las pocas veces que éste reune los requisitos incluídos en la definición propuesta, y sobre todo el impulso de libertad y de complacencia; pero de ordinario no ha lugar á esta confusión. Únicamente los genios consiguen la rara destreza de convertir el mismo trabajo en juego, arrancándole libertad de creación, placer de ejecución, estímulo instintivo para emprenderlo y una serie coordinada de dificultades vencidas, cuyos resultados inmediatos, aún prescindiendo del éxito social, deben deparar la felicidad más inefable de esta vida.

El juego es á la totalidad del organismo lo que la cultura á la inteligencia, con la particularidad de que en el juego el impulso es más vivo y tiene todo el valor de una reacción contra la tendencia especializadora, así del trabajo, como del ocio, en la vida moderna. Al modo como la cultura depara la envidiable aptitud de abarcar un asunto dado con todas las facultades intelectuales á la vez (inconsciente pero harmónicamente distribuídas en la proporción que piden los diversos accidentes de la realidad á cada una cuando todas se encuentran preparadas por igual para entrar en ejercicio), la educación, mediante los juegos, permite al hombre desempeñar las exigencias de la vida con la suma total de variadas disposiciones que ofrece un buen temple orgánico obtenido en el disfrute de todos los derechos lejítimos de nuestros órganos. El trabajo y el juego, pues, no son antagonistas, sino que se completan, y en tal forma, que el juego es una preparación al trabajo antes que una compensación de esta actividad. Si en otro orden más reducido la instrucción pudiera compararse con el acopio de alimentos y la cultura con la res-

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

piración que atrae el espíritu atmosférico, vivificador de estas substancias, el trabajo equivaldría á la alimentación llamada plástica y el juego á la respiratoria. Bueno es insistir, asimismo, en que no solo el trabajo especializa en demasía algunos de nuestros órganos, porque también la ociosidad acusa, sin advertirse muchas veces, una diferenciación regresiva

Para hacer una sola mención de la apuestá y del azar en estas notas, básteme decir que constituyen un elemento extraño al juego, é impuesto por dos impulsos á cual más distantes de toda idea educadora, que son: de una parte la vanidad de poseer sin trabajo lo que ya no puede conquistarse con la fuerza, resíduo moral de inveteradas formas de vida humana; y de otra, el culto del acaso, propio de inteligencias poco cultivadas ó atávicas, cuyo objeto queda excluído, de modo bien terminante, en la definición consignada de Schiller.

Definido el juego, se echa de ver la conveniencia de una clasificación; por más que las dificultades superen á las reglas lógicas disponibles para este género de trabajo. Veámoslo, sin embargo, y juzguemos las tentativas hechas en esta dirección.

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

III

Schiller llegó á dividirlos en tres categorías ó grados. Cuando la naturaleza, dice, da á un ser más de lo necesario para su existencia, el impulso de lo sobrante predomina sobre el de lo ordinario, y entonces parece que la naturaleza rompe sus cadenas. Esta libertad se revela, hasta en el mundo inorgánico, por un lujo de fuerzas y por una gran facilidad para que éstas se desaten; mientras que en los seres vivos se traduce por movimientos que significan la exuberancia de fuerzas y la disposición á gastarlas sin objeto definido. Este libre movimiento, que es á la vez medio y fin, es designado por Schiller *juego físico* y pertenece también á los animales.

La fantasía, añade Schiller, tiene en el hombre, como la parte física del organismo, su movilidad propia y su juego material, por cuya mediación se permite, sin cuidado de la forma, desplegar su autonomía y su libertad. En tanto que este juego de la fantasía se desentiende de la forma, y á su impulso se producen series caprichosas de imágenes, éstas, aunque propias exclusivamente del hombre, pertenecen solo á su vida animal y representan la libertad sobre los estímulos sensoriales externos, sin que la humana iniciativa actue todavía con su propia fuerza creadora. Los juegos usuales se fundan, en su mayoría, en el goce de esta libre asociación de

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

ideas ó toman de ella su mayor atractivo, por lo cual Schiller los distingue con este nombre. Estos juegos de *fantasía* son aún de índole material y se explican por el solo concurso de las leyes naturales, sin que apenas se distingan del juego físico.

Este y el de libre asociación de ideas dan origen al tercer grado, el juego *estético*, en el cual, por primera vez, interviene ya una nueva fuerza, la potencia anímica con sus leyes eternas sobre las solicitaciones de un instinto ciego, sometiendo la voluntaria gestión de la fantasía á su inmutable seriedad é imponiendo su espontaneidad en lo variable y su ilimitación en lo sensible.

Para comprender sin esfuerzo alguno estas tres graduaciones del impulso á jugar, basta un ejemplo respectivo. El animal *trabaja* cuando el móvil de su actividad es una privación, y *juega* desde el momento en que satisfecha su necesidad y en la plenitud de su fuerza, una vida exuberante lo excita al movimiento. El hombre trabaja cuando tiene que subvenir á sus necesidades, y está dispuesto, como el animal, á disfrutar del juego físico apenas encuentra satisfecho cada precario objeto de los que sostienen su laboriosidad. La vida salvaje confina con la zoológica y con la humana de mayor cultura en la intersección de esta forma de juego con la siguiente.

Por su parte el hombre que ahorra, mientras no varía de modo de vivir ni de gustos, juega como el que vive al día, con la sola diferencia de que lo hace con su imaginación, franqueando los límites del tiempo presente, en la seguridad de conservar las ventajas adquiridas; su juego es de fantasía, pero sin otros elementos que los del juego físico; juega más pero del mismo modo. En cambio el hombre que en tales circunstancias se decide á dar nueva forma á este goce de fantasía, mejorando de comodidades y de aficiones, hace á su juego estético, habiendo franqueado no tan solo los límites

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

del tiempo actual, como en el caso anterior, sino los límites del tiempo en general, y comunicando forma propia al gasto de energía ó de riqueza.

Esta clasificación parece referirse á los goces de la vida más bien que á los juegos, y comprende además, sin duda alguna, á la tendencia artística; pero su mismo ilustre autor la aplica explícitamente al impulso que tenemos en estudio, y lo hace con razón, porque, si bien se mira, todo goce humano en la fase de actividad es un jugueteo, y el hombre, al juguetear, expresa su disposición á dar á sus actos de regocijo no solo la forma psicológica suprema y espontánea que descubre Schiller, sino también la forma arbitraria real, que viene á ser, respecto de la anterior, el estilo heredado ó adquirido en cada país y en cada tiempo con que se facilitan y retienen, *aunque de modo alguno se impongan*, estas íntimas expansiones de la humanidad. Como clasificación científica nada conozco mejor, porque el poeta alemán llega hasta las más hondas raíces de la naturaleza humana para encontrar sus bases; pero al fin de este artículo habré de hacer notar que no podemos aplicarla á los juegos pedagógicos.

Otra clasificación de juegos (1) los separa en tres grupos ó períodos: el de adquisición *(Lernspiele)*, el de imitación y el de perfeccionamiento ó progreso. El primero transcurre desde que los primeros fenómenos reflejos aparecen en el niño hasta que se vislumbran los conatos de imitación. Hegel decía que este es el período de la vida en que más se aprende, y la verdad es que jugando es como se recibe mejor la enseñanza primordial de la existencia. Pero este mismo objeto excluye á este grupo del concepto á que he sido llevado, el cual no pide clasificación de elementos de juego, sino de juegos completos, puesto que la Pedagogía no puede crear estos elemen-

---

(1) Bizyenos. *L. c. p. 59.*

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

tos, patrimonio de la ventura social y de la salud, sino combinarlos para dirigirlos convenientemente.

El segundo grupo es ya más interesante, porque representa un medio espontáneo de desenvolvimiento, en que los niños, después de haber apurado todos los recursos de su instinto para adquirir nuevas ideas, escudriñando cuanto hallan á su mano y registrando los parajes más escondidos para satisfacer esta necesidad psicológica, varían de rumbo y empiezan por imitar lo que ven. Sin embargo, todavía esta clase de juegos se confunde, como la anterior, con el fondo común de las actividades infantiles, sin permitir la aparición de los rasgos más característicos de los juegos propiamente dichos, y sobre todo la coordinación.

Esta empieza en los juegos de progreso apenas la imitación ha apurado á su vez la capacidad de los niños y los induce á probar su iniciativa para mejorar lo que imitan. Tales son los juegos en la acepción pedagógica de la palabra, y, por lo tanto, la clasificación se exige precisamente en este grupo, por más que fuera ventajoso, á no resultar imposible, que comprendiera á todos los demás.

La clasificación psicológica de Schiller, y ésta, que puede clasificarse de cronológica (su distribución corresponde plenamente á la primera y segunda infancias en los grupos de enseñanza é imitación, y á la adolescencia y sucesivas edades para los de progreso), son bien suficientes para comprobar las enormes dificultades que traería consigo un análisis de todos los juegos conocidos, subordinado á este linaje de clasificaciones.

El estado verdaderamente embrionario en que se encuentra el estudio de los juegos, sobre todo en España, á pesar de la inmensa riqueza que el genio popular tiene reunida por las variadísimas condiciones de nuestras comarcas, me hacen creer que en este punto lo preferible, para el mayor aprovechamiento pedagógico, sería una clasificación artificial que

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

facilitase lo primero que nos hace falta, á saber: *un buen inventario de nuestros juegos nacionales.* Al efecto, y sin perjuicio de utilizar en las diferentes categorías taxonómicas de estas actividades el criterio psicológico y el cronológico, como podrían aprovecharse el fisiológico, el técnico y otros muchos, yo propondría dividir los primeros grupos atendiendo al carácter de mayor importancia pedagógica en los mismos, que es la coordinación; y como ésta depende muy principalmente del número de jugadores imprescindibles, resultan los juegos divididos sencillamente de este modo: en *solitarios, de á dos, colectivos* de número *fijo* y *colectivos* de número *ilimitado.*

Los juegos individuales se confunden con la adquisición instructiva y con la imitación, que, según queda indicado, dan lugar á actos elementales y constitutivos de un juego, pero sin llegar á completarlo. Este requisito se satisface merced á la coordinación que por su parte puede encontrar su material en impresiones sensoriales de la vista, oído y tacto (los otros dos sentidos son de índole preferentemente vegetativa y no se prestan al juego, actividad de relación en todo su esplendor), en impresiones de sensibilidad general, como la del balanceo; en las de sentido muscular, como la patinación, el velocipedismo, etc.; en movimientos de mil diversos géneros; en imágenes, como para los juegos llamados de sociedad; en ideas de cantidad, en ideas de calidad y principalmente en las infinitas combinaciones posibles de estos numerosos y variadísimos factores. Estos juegos se dan también la mano con los ejercicios gimnásticos y los de *sport,* que pueden ser solitarios; pero cierto modo instintivo de gastar en todos ellos el impulso inicial y de dar forma á la libertad, al placer y á la coordinación, les comunica un sabor propio bien distinto del que proporcionan estas otras clases de ejercicio.

Los juegos á dos me recuerdan, sin pensarlo, el número *dual* de los griegos, que en la vida ordinaria se pluraliza con

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

ventaja de la sencillez; pero precisamente una de las expresiones más gráficas de este grupo, el simulacro del combate singular, mira la más interesante de la educación física antigua, sigue siendo todavía hoy el más poderoso resorte para avivar el interés de todos los juegos. El juego mano á mano, sobre simbolizar la acción humana específica y la acción social en su mayor sencillez, viene á ser la base y el complemento de la educación física individual, la sirve de medio y de medida y condensa todos los rasgos fundamentales de esta esfera de la vida. Bien merece, pues, un grupo especial.

Respecto de los juegos colectivos, los de número limitado son menos aptos para los establecimientos de enseñanza que los otros, condición que, aparte de otras, justifica debidamente la diferencia.

Servirían de poco las tentativas de definición y clasificación de los juegos si no se tuvieran siempre muy en cuenta los diversos efectos que es capaz de producir este medio educativo, y que merecen alguna atención de nuestra parte.

Entre todos, el de más valor es, sin duda, el que hace surgir la alegría, agente restaurador por excelencia de mecanismo impenetrable, pero que esparce, desde los centros nerviosos hasta los elementos orgánicos más recónditos, la vida en toda su plenitud. El placer físico ofrece un carácter de pasividad que casi siempre le hace perjudicial en los juegos. Nada más nocivo en los niños que esas carcajadas nerviosas, seducidas por las excitaciones de la sensibilidad cutánea, las cuales pueden desencadenar una verdadera crísis convulsiva, y pocos recreos más propensos á sensual desgaste, como á sugestivos embotamientos cerebrales, que esas abigarradas instalaciones con acomodamientos rotatorios y oscilantes, prototipo de los focos donde se corrompe la educación física. El placer de los juegos debe ser, ante todo, activo, no de parcial sensualidad, sino general y anímico, como la alegría, salvo el suave matiz que comunica á los placeres del sentido muscular

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

el sueño de la impesantez, realizado con la voluptuosa y elegante patinación ó el no menos deleitante de la velocidad, hecho real por el velocípedo. Por lo demás, los efectos físicos de los juegos pueden compararse, aunque casi siempre ventajosamente, con los de todos los ejercicios corporales.

Los efectos del juego sobre la inteligencia se aprecian solo con recordar el valor protohistórico presumible de aquella forma de la vida. He dado á entender, hace poco, que el hombre y el niño, al jugar, reproducen las fases más importantes de la humanidad en su desenvolvimiento, de lo cual se deduce que este medio educativo viene á ser una especie de historia experimental, tan importante á lo menos al desarrollo del organismo, como lo es la historia escrita para la cultura de la inteligencia.

No faltan, sin embargo, motivos para oponer algunos reparos á ciertas ideas y costumbres relacionadas con los efectos intelectuales de los juegos. El primero es de tal fuste, que afecta nada menos que á una industria, la de juguetes. Compárese la sencilla colección de objetos infantiles que ofrecía Fílocles á los dioses de la Grecia clásica al pasar á la adolescencia, con el cargamento de juguetes que podría ofrecer al santo de su devoción el niño de una familia, medianamente acomodada, en nuestros días, si las prácticas religiosas indujeran por este lado las ofrendas, y si ya el instinto de los niños (más poderoso y mejor dotado que el mal entendido amor de los padres) no sentenciase á destrucción completa á todos estos falsos ídolos de la educación en el hogar. El juguete no fomenta más que dos cualidades, que, si necesitan algo en el niño, es precisamente freno, á saber: el afán de posesión y la vanidad; en cambio paralizan la fantasía, deslumbran al espíritu de observación y apagan toda iniciativa que no sea la de destruir.

Parecido abuso tiene lugar en alguna época del año con cierta forma de deferir al instinto de imitación infantil. Con-

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

témplese á esos niños que acuden luciendo los más costosos trajes á uno de los bailes infantiles que tanto hacen disfrutar á las familias, y repárese en el niño pobre de la calle que, al verlos pasar, siente la necesidad de hacer él también su carnaval, aprovechando cualquier retazo viejo de su casa para ataviarse; ¿quién gozará más? ¿en cuál de ellos se reflejará mejor la alegría que forma el jugo y el aroma de estas expansiones de la infancia?

Los efectos morales de los juegos son exquisitos. Desde luego constituyen si no la única, la más igualitaria actividad de los niños. La mayor distancia social, como la que puede haber entre el trono y la humilde caseta de un guarda, las todavía más persistentes y peligrosas diferencias entre capitalistas y jornaleros, entre amos y sirvientes, entre jefes y subordinados; todos estos huecos sociales se rellenan suavemente por el juego de los niños, que sin conatos revolucionarios ni serviles adaptaciones, forma con ellos una sociedad modelo en muchos aspectos, débil reminiscencia de las felices sociedades primitivas, anticipación siempre progresiva de un estado social futuro, exento de muchos males presentes y prueba clarísima de que lo llamado serio en la vida culta es, quizá, bastante más arbitrario que la forma legítima del juego en la existencia humana.

Fúndanse en estos efectos morales los que pueden llamarse pedagógicos; ya que, demostrado el alto valor intelectual y moral del juego, es lógico tomarlo por escuela, como lo es en efecto, y de tal condición, que si aprende el niño mucho, no menos tienen que aprender en ella los maestros y los padres. Esta enseñanza se halla, sin embargo, abandonada á la perspicacia natural de los pedagogos y al cariño, muchas veces ciego, de los parientes; así es que se obscurece á menudo por algunas preocupaciones que conviene señalar.

Es una de ellas, la de menos alcance, el pretender de los juegos una enseñanza técnica más ó menos complicada. Se

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

atribuye á Platón la idea de que los juegos tienen la ventaja de comunicar á las inclinaciones de los niños una dirección determinada y el consejo de que los juguetes imiten en pequeño á los instrumentos que más tarde se han de manejar; pero por esparcida que se halle esta opinión, y lo está en efecto, no puede desconocerse que desvirtua el objeto pedagógico natural de los juegos, en los cuales no conviene que el niño vea dorada la píldora de la instrucción, sino el propio terreno de su libérrima espontaneidad. El prurito imitador de los niños los hará jugar en formas semejantes á las costumbres de cada tiempo y lugar; y su curiosidad, siempre despierta, los hará preguntar bien á menudo, con su cuenta y razón, esto es, cuando haya terminado el juego, y sin que se tome á vicio, como lo hace Bain (1), sobre cuantas impresiones nuevas hieran su absorbente aunque fugaz atención, sin que se adultere el mútuo aprendizaje de la vida, principal objeto de los juegos, con impaciencias pedagógicas contranaturales.

Es otra preocupación la de tomar á éstos como reactivo para descubrir las aptitudes intelectuales. Indudablemente el carácter se revela en esta esfera con mayor fidelidad que en el hogar ó en la escuela, y aún respecto á ciertas facultades aisladas, principalmente á la atención, el juego constituye, en verdad, un buen medio de diagnóstico y hasta de curación ó corrección (haciendo con las precauciones convenientes variar en sus juegos á unos niños y persistir á otros); pero la aptitud definitiva del hombre para las diferentes profesiones se oculta á toda perspicacia, sin que el arte haya avanzado lo más mínimo en este problema pedagógico desde que nuestro Juan de Huarte escribió su *Examen de ingenios,* hasta el meditado y notable discurso inaugural sobre la misma tesis, pronunciado en esta Cátedra por mi inolvida-

---

(1) A. Bain. *La science de l'éducation*, pág. 67.

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

ble maestro Asuero, en la apertura regia de 1855. Si algo puede pronosticarse en esta escabrosa materia, es que se debe desconfiar mucho de las aptitudes precoces, aún para las bellas artes, y que en los juegos solo cabe traslucir alguna condición profesional accesoria. Basta reparar en que la vida profesional es mecánica, fragmentaria y absorbente, hasta el punto de llegar á hacer del hombre un sello de la ocupación ó de la ciencia á que se entrega, para comprender que es un juego de lotería acertar, entre los innumerables indicios que descubre la actividad natural en los juegos, el rasgo más apropiado para prosperar en una profesión determinada. Más bien se puede casualmente tropezar en este terreno con algún rasgo que sirva de asidero para encadenar la personalidad á la rutina, verdadera esclavitud, siquiera esté al servicio de la civilización y del público, en vez de formar, como la más conocida, una parte de la hacienda de un solo amo.

No es aptitud profesional, sino aptitudes generales para la vida, lo que los juegos, así de niños como de adultos, descubren ó promueven durante el cambio recíproco de la máxima personalidad desplegada en este círculo expansivo y restaurador.

Las nociones de libertad, de derecho, de subordinación y de mando, de humanidad, de valor, de resignación, de constancia, de tasación personal, de corrección, y, sobre todo, de triunfo y de derrota, que curten la vanidad humana, más otras muchas adquisiciones de gran valor para el cuerpo y para el espíritu, hacen de los juegos la verdadera y genuina escuela social.

Para terminar dejemos á un lado esta lista, tan incompleta como prosáica, de las utilidades que pueda prestar la vida de los juegos y enlacemos la rehabilitación de esta esfera pedagógica á más elevadas miras. Con tal fin he elegido al gran Schiller entre los filósofos que han tratado esta materia, y de su clasificación he de tomar la idea culminante en estas desaliñadas notas.

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

Recuérdese la delicadeza con que resultan diferenciados en el hombre el juego físico, el de fantasía y el de forma; calcúlese no ya el genio poético, sino los esfuerzos humanos que han sido necesarios para llegar á esta distinción en la realidad y en el espíritu; percíbase la síntesis providencial de estas tres gradaciones del impulso á jugar en la niñez y en la adolescencia, cuya vida resiste á toda ingerencia psicológica y á toda tentativa lógica de abstracción y de clasificación; en una palabra, véase á la juventud jugando sin pensarlo y simultáneamente con sus fuerzas orgánicas sobrantes (juego físico), con las innumerables combinaciones de estas fuerzas gastadas por la imaginación sin tasa, como si nunca hubiera el filón de agotarse (juego de fantasía), y entregándose á largos aprendizajes de destreza en demanda de una satisfacción interior de pura forma (juego estético) y desentendida de las nebulosidades del porvenir (como si todos los adolescentes fueran dueños del tiempo, á la manera que lo son, hasta cierto punto, los de familia poderosa y opulenta); y al contemplar estos privilegios de nuestras primeras edades, bien puede decirse que la sociedad que deja morir los juegos es una mala administradora de bienes de menores.

El examen biológico de la cuestión lo dejará demostrado en forma bien palpable y mejor adecuada á las aficiones de estos tiempos.

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

IV

Será más ó menos discutible si el organismo social puede, por motivos económicos ó de otro género, prescindir temporal y aún definitivamente de ciertas instituciones y colectividades, bien de las preponderantes en determinadas épocas de la historia, ó bien de las que forman, con el trabajo diario, el cimiento de nuestra sociedad; pero lo que parece imponerse, con perdurable derecho, es la necesidad de mantener en pleno ejercicio funcional á todos los sistemas anatómicos que forman la economía orgánica humana.

Para hallar la base de esta verdad basta fijarse en el porvenir de un indivíduo ó de un pueblo que pretendieran alimentarse con substancias de las llamadas principios inmediatos, que la química fisiológica viene proponiendo como representantes de la fuerza nutritiva de los alimentos ordinarios. No puede negarse que este régimen simplificaría mucho la existencia; pero es indudable que traería consigo, á la larga, una atrofia fatal de todo el aparato digestivo, y, á la vez que el instinto, la razón repugna un peligro semejante.

El mismo criterio, aplicado al sistema muscular, induce desde luego á admitir como imprescindible para la conservación de la forma actual del cuerpo humano y para el equilibrio físiológico de sus órganos de movimiento, por lo menos la intensidad correspondiente á las actuales aptitudes de

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

nuestro sistema locomotor. Si á esta consideración se agrega la de los efectos que en la salud más firme producen las reformas, demasiado profundas, intentadas por exploraciones científicas, ó resultantes de las vicisitudes variadas de la vida, se verá claro que no es lícito suprimir de un golpe, ni paulatinamente, función orgánica alguna (prescindiendo de las que son de lujo para la vida individual, las cuales viven aún mejor amparadas que las otras, por el imperio poderoso de la especie.) En una palabra, el organismo no tolera en su seno cesantías, ni siquiera estados de reserva duraderos.

Es, no obstante, hecho no poco repetido en la historia de la humanidad, que el raciocinio haya necesitado de esfuerzos violentos y sostenidos para recuperar alguna parte de las nociones más rudimentarias sobre la vida, de que la Naturaleza había hecho generosa donación al hombre con los instintos naturales. Hoy mismo se hace preciso recordar la razón fisiológica de la necesidad del ejercicio, porque el impulso orgánico que tenía á su cargo esta solicitud ha llegado á embotarse sin sentir, con incalculable perjuicio para los individuos y aún para las generaciones. Gracias que, por este lado, el mal es perfectamente conocido y el remedio fácil de acreditar solo con una breve exposición de los motivos orgánicos del movimiento.

El más sensible es el de mantener la calorificación, y se comprueba bien por la experiencia diaria. Precisamente una de las causas de la vivacidad de los niños estriba en la precisión que el organismo tiene de sostener una temperatura igual y constante. Como la superficie de la piel, donde reside el más importante mecanismo de las pérdidas de calor, crece proporcionalmente menos que la masa del cuerpo, resulta que cuanto menor es la talla, más extensa, relativamente al peso corporal, es la superficie cutánea, y en consecuencia, mayores cantidades de calor se pierden por ella y más ejercicio muscular pide el organismo para mantener el nivel normal del

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

calor propio. En cambio los adultos, cuya masa ha crecido relativamente más que la superficie, no necesitan reponer las pérdidas de calor con tanta urgencia.

Pero como el cuerpo humano no es un mecanismo inverosímil de movimiento contínuo, su temperatura interior no podía estar exclusivamente encomendada al ejercicio. Así es que la alimentación, no solo por el combustible que lleva á la sangre, sino por el ejercicio funcional que provoca en los órganos, es también una fuente de calor. Además, aunque naturalmente el hombre podría vivir desnudo, necesitaría para ello alimentarse en cantidad intolerable á su aparato digestivo; por esto tiene que suplir parte de su ración alimenticia con el abrigo de la piel en los climas fríos y templados, aún descartando otros motivos de orden moral que hacen preciso el vestido humano.

A su vez el abrigo no puede ser general, siquiera proteja la mayor extensión cutánea, y las regiones descubiertas pierden más calor que las protegidas; de tal modo, que sería preciso empaquetar el cuerpo en espesos é inaguantables cobertores para que la cara y las manos no se enfriaran al aire libre. Esta parte de vestido, cuyo uso sería incompatible con el ejercicio de los sentidos principales, se puede suplir perfectamente con el aseo, el cual excita la vida de la piel de dichas regiones, procurando en ellas una temperatura proporcionada á la restante del cuerpo. El aseo sostiene, para unas cuantas horas, la circulación cutánea, como el movimiento de un mecanismo cualquiera á que se diese cuerda para cierto tiempo.

Pero todavía el aseo parcial, destinado en principio á compensar una desigualdad de las condiciones de la piel, trae, por consecuencia, otra desigualdad entre las regiones lavadas y las vestidas, de donde emana la conveniencia del aseo ó ablución total del cuerpo, que, como es bien sabido, economiza ropa sin amenguar el calor necesario para la salud.

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

En fin, el alimento, el vestido y el aseo, serían por sí solos incapaces de sostener los 37° de calor humano durante largo tiempo, si no contribuyera á este efecto, como factor de importancia, el ejercicio, el cual promueve, por la mediaciación sanguínea, un verdadero barrido intersticial para la limpieza de nuestros órganos internos, los cuales, solo por este medio, pueden desprenderse de la ceniza orgánica, resíduo de las combustiones celulares, que apagaría las combustiones ulteriores, sin esta policía íntima y general que la sangre, acelerada por el ejercicio muscular, lleva á cabo en nuestras interioridades orgánicas.

Quien recibiera con prevención estas sencillas explicaciones, podría rebatirlas haciendo notar que, de ser exactas, los indivíduos de alimentación defectuosa, de abrigo escaso y abstenidas tanto de aseo como de ejercicio, deberían tener una temperatura inferior á los 37° humanos. Sin embargo, obsérvase que estos organismos desgraciados viven, según suele decirse, del capital, y pagan bien caro el esfuerzo de adaptación orgánica que los sostiene á la altura térmica de sus semejantes.

Otro motivo de ejercicio es el gasto de energía que hemos visto en la teoría de Schiller como fundamento del llamado juego físico. La provisión de fuerzas con que venimos al mundo no está subordinada á los destinos individuales. La Naturaleza no se ha cuidado de repartir individualmente las fuerzas en proporción á los gastos que cada uno ha de hacer durante su corta existencia, sino que tiene dispuesto este depósito de energía para la conservación de la especie, y en la sucesión de las generaciones la vida individual es un incidente de muy secundaria importancia. Así es que, el indivíduo que no gasta la provisión de energías heredada de sus padres, puede verse condenado á sufrir lo que padecen los animales, á quienes de pronto se arranca de una vida libre y salvaje para encerrarlos en una jaula. En esto, como en todo

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

lo que á la Naturaleza se refiere, hay hechos, al parecer, contradictorios, pero que, bien meditados, resultan admirablemente harmónicos. La ostra no necesita moverse para encontrar su alimento, y al pausado caracol bástale arrastrarse unas cuantas pulgadas para tropezar con su comida habitual; los rumiantes, en los prados, tampoco se fatigan en busca de pasto; las fieras, en cambio, necesitan atravesar á veces leguas enteras aguijoneadas por el hambre; hay un abismo entre los movimientos del perezoso y los de la ardilla, como entre la alimentación trimestral, y más tardía, de algunos reptiles, y la casi incesante de los pájaros; todo lo cual denota una desigualdad en la provisión de energía entre los animales, comparable con la desigualdad de las fortunas en la vida social.

Ahora bien: yo considero imposible, hoy por hoy, decidir la categoría que el organismo humano ocupa en la serie zoológica, según lo que podríamos llamar su economía dinámica ó legítima muscular. Ya hemos visto que lo artificial se ha identificado con lo natural hasta borrar el sello primitivo de nuestra especie, y apenas podemos regular *à priori* el ejercicio que debe hacer un niño, un adolescente y un adulto, si atendemos tan solo al interés individual, porque de una parte la adaptación á la vida sin ejercicio muscular se ha hecho fácil, por desgracia, y de otra tenemos sobradas razones para temer por la salud de los sedentarios y por la de sus descendientes.

Tenemos, en cambio, para regir los músculos la guía de las sensaciones y del instinto, verdadero depositario de los intereses más caros de la vida zoológica, aunque sea con menosprecio de la razón, á cuyas veleidades no puede confiar todavía la Naturaleza las energías individuales. Hay que apelar, pues, á estas sensaciones y á estos instintos para fomentarlos á todo trance donde se inicien y restaurarlos donde se desvanezcan. ¡Quién sabe si ya, pronto, no sería tarde para esta restauración!

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

Al sostenimiento del calor propio y á la expansión de las energías individuales sobrantes se agrega, entre los motivos orgánicos del ejercicio, la oposición á la influencia de la gravedad. Nada más imponente en este sentido como la contemplación del reposo prolongado. Los que vivimos en la práctica quirúrgica conocemos bien el género de ruína en que cae un miembro fracturado durante la clásica inamovilidad adoptada como remedio de este accidente, y no son pocos los esfuerzos de la cirugía moderna para sustituir la inacción por el recurso opuesto de un amasamiento regular y compatible con el ejercicio en el tratamiento de esta clase de lesiones. Pues bien: si, entre el miembro fracturado y el ileso, cuatro semanas de diferencia en la actividad muscular producen una atrofia ya alarmante y que empieza por herir vivamente el sentimiento de la simetría de las formas, ¿qué esfuerzo de imaginación necesitamos para diagnosticar la degeneración de clases sociales enteras, abandonadas á la indolencia muscular y para sorprender enormes deformidades colectivas? La observación general nada raro distingue, sino que quizá supone un perfecto afinamiento, allí donde nosotros vemos ya una verdadera abyección orgánica.

A más de la atrofia patente, ocasionada en las masas musculares por el reposo duradero, este estado causa otras atrofias invisibles, entre las cuales la más trascendental recae en la musculatura del árbol circulatorio y priva á la corriente sanguínea de lo que puede llamarse la presa de su cauce, donde se asegura el riego capilar y se convierte en contínuo el impulso intermitente de los latidos del corazón. Este efecto trae consigo, no tan solo el acúmulo de ceniza orgánica á que hace poco aludía, al estimar los resultados térmicos de la *toilette* interior procurada por el ejercicio, sino las temibles y latentes estancaciones, llamadas hipostásicas, que tanto preocupan al médico en el cuidado de los enfermos condenados á obligadas posturas.

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

Pero la gravedad, causa final de estos males, produce todavía en el organismo otros más sorprendentes cuando puede contar por largo tiempo con su principal cómplice, la quietud. He tenido ocasión de ver en la montaña de Navarra un caso, entre otros, de hipocondría, que vale por todos los ejemplos para aprender á apreciar los bienes del ejercicio. Una enferma, quién sabe si lesionada por alguna honda pasión, se retiró á su cuarto á los diez y siete años, renunciando á todo alimento y cuidado por parte de su familia, y llevaba en cama trece años cuando yo pude observarla. Hundida en el lecho, con la cabeza como soldada por el mentón al tórax, apenas consentía el encuentro de aquellos ojos, desprovistos de expresión, que dejaban entrever dos abismos de tristeza. El pecho había perdido su forma por el hundimiento del esternón sobre la columna vertebral y presentaba un surco profundo central y dos á modo de cilindros laterales que las costillas abarquilladas habían llegado á formar. Por el contrario, el abdómen presentaba una especie de lomo, tambien central, por exageración de la corvadura lumbar de las vértebras, del que colgaban dos grandes bolsas, á modo de alforjas, en que la piel guardaba separado, en dos mitades casi iguales, el asimétrico y heterogéneo contenido de la cavidad abdominal. A su vez, la pelvis había sufrido una deformación asemejable á la de la caja torácica, pero de indescriptible efecto. En fin, sus esqueléticas extremidades estaban retorcidas como si la mayor de las desesperaciones, más bien que el tiempo, hubiera dejado en ellas un rastro de maldición. El caso me parece bastante gráfico para hacer supérfluo todo comentario.

Queda consignado que el ejercicio representa en mucha parte el gasto del capital dinámico recibido por herencia, y cuyo acopio, lejos de convenir, perjudica grandemente á la salud. Pero hay más; la complexión humana exige que este gasto de energía se efectúe en forma debida, y no es de los motivos más indiferentes del ejercicio el de preparar á esta for-

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

ma cuando necesita preparación como en el esfuerzo. Si se me permitiera tomar del gráfico lenguaje de nuestro pueblo la manera de describir este objeto del ejercicio, diría que así como el bienestar social en las clases trabajadoras se mide por el caudal de reserva para necesidades ulteriores previstas, y se simboliza en hecho de *llevar un duro en el bolsillo*, así el organismo requiere tener siempre dispuesto el equivalente muscular de cualquier esfuerzo imprevisto.

Enlazado con los dos efectos anteriores se halla el de afirmar las vísceras en sus cavidades respectivas. A primera vista parece que este efecto se debería obtener mejor con el reposo que con movimientos de mayor ó menor soltura, los cuales son, después de todo, los causantes ordinarios de lesiones quirúrgicas que afectan á la posición de dichos órganos; pero aún los autores más apasionados de la inamovilidad curativa como Hilton (1), se avienen á declarar que toda víscera necesita la alternativa del reposo y del ejercicio para conservarse sana y expedita.

Lo cierto es que las telas serosas se llenan de adherencias cuando cesa el suave deslizamiento de los órganos por ellas protegidos, que promueve el ejercicio. Las cápsulas fibrosas que forman los tan sencillos como admirables estuches hepático, renal y esplénico pierden su temple, tan necesario á la salud, si el reposo con su languidez circulatoria consiguiente compromete la ya precaria dotación sanguínea de estos tejidos. El mismo líquido de los senos cerebrales quiere ser removido para que los delicadísimos órganos bañados por él se acostumbren á los cambios de presión que trae consigo su movimiento en el misterioso túnel encéfalo-raquídeo. Una justa medida del valor del ejercicio, desde este punto de vista, se ofrece en los plexos coroideos, redes venosas de paredes tan ténues, que la sangre se contiene en ellas por la presión

---

(1) Hilton. *Rest and pain*, p. 10 y sig.

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

del citado líquido intracerebral y que, sin embargo, no se quiebran por los esfuerzos corporales.

Podría aducir otros muchos ejemplos; pero ya que tenemos fija la atención en la parte más noble del cuerpo humano, basta recordar como última prueba de que el ejercicio influye favorablemente en las estructuras más finas y variadas de nuestro organismo, lo que todos hemos sentido al incorporarnos después de permanecer en cama algunos días, aún por la causa más insignificante de las que obligan al reposo horizontal. Sabido es que en tales casos «se nos va la cabeza,» según suele decirse, por la parálisis que la inacción ha producido en los vasos cerebrales.

Hay más todavía. La sensibilidad arrogando los derechos de la vida muscular languideciente desata síntomas capaces de martirizar al cuerpo y que deprimen lastimosamente la personalidad. La ausencia ó menor fuerza de estos trastornos durante la quietud impuesta por alguna lesión local se debe al efecto derivativo que ésta produce sobre la excitabilidad de los centros nerviosos; pero la falta de ejercicio por indolencia priva al organismo de la revulsión fisiológica que trae consigo el aflujo de sangre y de vida á los músculos, cuyo antagonismo con los nervios no solo se muestra indirectamente por la mediación de las ventajas nutritivas logradas por el ejercicio, sino que se revela de un modo directo y evidente.

En cambio el ejercicio atlético resulta una fuente de placer sano y purísimo. Es un hecho singular que el organismo tenga localizadas las sensaciones placenteras en ciertos órganos, mientras que para hacer sentir el dolor todos ellos sean aptos, aún los normalmente insensibles, cuando sufren el estímulo circulatorio que produce en ellos la inflamación. Esta singularidad, que á tan hondas y tristes reflexiones se presta, ofrece, sin embargo, fundamento para esperar que la sensibilidad sea tan susceptible como la inteligencia de edu-

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

cación y de perfeccionamiento. Nadie niega los efectos de la vida atlética para embotarla, haciendo tolerables las molestias más penosas y aún los dolores más acerbos, como está reconocido también por todo el mundo el influjo de la voluntad sobre el dolor hasta superar al martirio. Lo que no se comprende tan fácilmente es que el ejercicio pueda despertar deleites positivos, es decir, independientes del alivio á las penalidades de la inacción que todo movimiento proporciona, y, sin embargo, uno de los primeros resultados que logra una bien reglada educación física es el de proporcionar una inefable satisfacción interior que solo puede expresarse con el nombre de *placer de vivir*.

Sin detenerme más en el examen de los motivos fisiológicos del ejercicio, creo poder afirmar, que por este lado el mundo moderno se halla en el caso de restaurar el tipo de humanidad que aparece más perfecto en la historia, y por si este propósito no fuera ya bastante á justificar los mayores esfuerzos, todavía se vislumbra la posibilidad de lograr progresos verdaderamente orgánicos.

Indicio no más, pero muy significativo, de la capacidad perfectible de nuestro organismo, son las anomalías musculares progresivas de músculos flexores y extensores propios, no solo para el pulgar y el índice, sino para los cinco dedos de la mano (1), anunciando la perfectibilidad de esta admirable porción de nuestro cuerpo. No era posible que al lado de ruínas como las que el cuerpo humano ofrece con ciertos órganos atrofiados y otros resíduos orgánicos de la vida embrionaria ó de otra vida oculta á nuestra inteligencia (como quizá sucede con la glándula pineal del cerebro, por algún tiempo asiento supuesto del alma), no apareciera alguna disposición para el progreso. Verdad es que se hace más llano el camino

---

(1) Testut. *Les anomalies musculaires chez l'homme, expliquées par l'anatomie comparée. Leur importance en Anthropologie,* p. 467, 541 y 820.

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

de la degeneración que el del mejoramiento, y ya, entre las innumerables anomalías musculares y arteriales regresivas que remedan disposiciones todavía normales en algún eslabón de la cadena animal, el hecho citado es el único ejemplo conocido de tendencia humana á elevar la modalidad orgánica; pero es de advertir que, bien interpretada, esta anomalía progresiva se reduce á que los manojos de los músculos flexores y extensores comunes adquieran una independencia que no tienen, milagro poco sorprendente en anatomía.

Lejos de mí, sin embargo, la temeridad inaudita de lanzarme en busca programas para enderezar la educación física hacia la confección de nuevos órganos. Tenemos, para corregir nuestra vanidad en este punto, á la laboriosa ortopedia, que apenas con ejercicios, aparatos y aún operaciones quirúrgicas, corrige esas deformidades engañosas que parecen estar pidiendo una mano que restituya la forma primitiva con la misma facilidad que en una figura de cera.

Nada de esto; pero el hecho citado, por sí solo, al referirse precisamente al órgano quizá más humano, autoriza á ampliar las aspiraciones de la pedagogía física, hasta el día humildemente estrechadas en los límites de una restauración, ideal insuficiente para promover el espíritu progresivo de estos tiempos. Recuérdese que el renacimiento de las ciencias y de las artes sorprendió á la Edad media, dormida en la creencia de que todo progreso humano era ya imposible, y resultará más hacedero el verdadero *renacimiento* corporal que estamos presenciando en el último tercio de este siglo, si por un lado nos proponemos estudiar y reproducir con la educación la forma anatómica de la Grecia clásica, mientras que por otro soñamos alguna vez con un cuerpo humano más cercano de la perfección.

De todos modos, si con estas reflexiones se lograra hacer sentir la necesidad de una educación física mejor, poco habría de importarme que vinieran abajo las ideas en las cuales

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

trato de tomar motivo para un alto ideal de esta rama pedagógica.

La historia de la regeneración corporal en este siglo demuestra que todo se necesita para lograrla en poco tiempo. El talento de Schiller pronosticó el plazo de un siglo para que la sociedad se acostumbrase á la idea de *naturalizarse* individual y colectivamente.

En Inglaterra, un concurso feliz de circunstancias, entre las cuales figura, y no en último lugar, la prosperidad industrial, ha permitido á los pedagogos (cuya es la gloria del floreciente estado físico de aquella raza) arraigar las costumbres atléticas antes de lo que anunciaba la profecía del poeta alemán.

En Alemania, la educación física no ha tenido, hasta ahora, más sostén que el servicio militar, y puede decirse, por lo tanto, que en el fondo, ya que no en los procedimientos, conserva el espíritu de la Edad media, insuficiente para utilizar todos los beneficios de esta educación.

En Suecia, el carácter médico, militar y pedagógico que la Escuela de Stockholmo comunica á sus alumnos, es una buena garantía de prosperidad. Algunos militares procedentes de este Colegio se aficionan de tal modo á la gimnástica, que no tienen reparo en aprovechar su ausencia del servicio activo, dedicándose al amasamiento; pero esta derivación humanitaria, ciertamente inesperada, no es para hacer prosélitos fuera de aquel país, porque cierta parte de la humanidad tarda mucho en enterarse de que el cuerpo humano no mancha cuando se le toca con la noble intención de aliviar el dolor ó de perfeccionar nuestros órganos. Además, la gimnástica sueca resulta exclusivamente pedagógica, sin representación expresa de los impulsos instintivos en sus ejercicios.

En Francia, autoridades como Julio Simón y Berthelot, entre los políticos, y Coubertin y Grousset entre los pedagogos y publicistas, llevan varios años de calurosa campaña

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

para despertar la adormecida afición de su pueblo por los ejercicios físicos, y á pesar del acicate internacional que más sienten hoy nuestros vecinos y de su inquebrantable patriotismo, dudo de que el resultado corresponda todavía al esfuerzo.

Con estos precedentes ¿será extraño que busquemos todos los resortes imaginables para conseguir el milagro de una educación física oficial, no más que improvisada, en los pocos años que este problema lleva de estudio entre nosotros?

A lo menos, veamos ahora lo que la práctica presenta y lo que el progreso pide en esta materia desde el punto de vista de la enseñanza universitaria.

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

V

La enseñanza llamada superior atraviesa hoy en España una crísis comparable, por más de un aspecto, con la de nuestro actual estado económico; y si no fuera de gusto discutible remover demasiado ciertas semejanzas, haría por describir en lenguaje naturalista, para mayor efecto, el proceso en virtud del cual, á medida que el oro se retira de la circulación pública, el hierro va amenguando en la sangre de nuestros alumnos y el fósforo cerebral se gasta en los fuegos fátuos de un fugaz intelectualismo ó de una neurosidad destemplada y dificilísima de desarraigar.

Pero apartándome de todo peligro de exageración, bastará á mi propósito de trazar en grandes rasgos nuestras deficiencias universitarias por el lado pedagógico, poner de manifiesto desde luego el conflicto que amenaza á nuestra cultura antes de mucho, si una profilaxia oportuna no restablece el equilibrio, hoy á punto de perderse entre las exigencias de la enseñanza y la preparación del alumno para recibirla.

Es ya tan imponente el desarrollo alcanzado por la vida profesional, así en las informaciones que exige, como en las novedades técnicas, que todos los días aparecen hasta para las profesiones llamadas literarias, al parecer privilegiadas por la sencillez de los procedimientos, y en las dificultades crecientes de la competencia y del trato social para el desem-

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

peño de todas las formas del trabajo, que la enseñanza va acopiando cada curso mayor número de cuestiones en sus programas, y el cerebro de los alumnos está condenado fatalmente á una sobrecarga en avalancha que preocupa, hace ya bastantes años, á los alemanes, con el nombre de *Ueberburdung,* en Inglaterra y Estados Unidos, con el de *overtraining;* en Francia, con el de *surmenage,* y en España, con este mismo vocablo francés, al que sustituiré por el de *sobrestudio* (1), si se me consiente este neologismo.

Llenarían una tienda los libros, revistas y periódicos diarios que tratan acerca de esta fatiga escolar; pero por mi parte, acostumbrado á la exploración de nuevas enfermedades que diariamente invaden los índices de la patología, me resisto algo á creer que un conjunto de fenómenos exteriores pueda originar una sola de un golpe y como por generación espontánea. En las que parecen desprovistas de germen, la especie humana necesita mucho tiempo para concebir el daño bajo forma patológica propiamente dicha; así es que nuestro *sobrestudio* en cuestión no pasa, en mi sertir, de una perturbación capaz de predisponer á todo linaje de padecimientos, pero tan impropia por sí misma para llevar la significación de enfermedad, como los innumerables síntomas nerviosos en que muchos clínicos pretenden dejar grabado su nombre á costa de confeccionar una especie morbosa más. Moso (2) da bien á entender que piensa así cuando dice que la fatiga cerebral produce efectos tan variados como el frío.

Sea de ello lo que quiera, es lo cierto que en todas partes llama la atención de los médicos, de los Gobiernos y del pú-

---

(1) Tenemos en español las palabras *sobrealiento,* respiración difícil y fatigosa; *sobrecogimiento,* el efecto de sorprenderse ó de intimidarse, y *sobresalto,* temor ó susto repentino, las cuales denotan, bajo la misma composición que *sobrestudio,* estados de depresiva perturbación por exceso de estímulo ó de impresionabilidad.

(2) Moso. *La fatiga,* p. 308.

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

blico un estado nervioso, al parecer achaque de la vida moderna, atribuído á la lucha por la existencia (cada día más enconada en la esfera individual), que suele presentar los numerosos y heterogéneos síntomas de la neurostenia, bajo dos formas, la de *excitación* y la de *depresión* ó incapacitamiento, y que se padece por los escolares de todos los grados de la enseñanza en proporciones variables. Algunos países las ofrecen alarmantes como las obtenidas por Nesteroff (1) en establecimientos de segunda enseñanza de Rusia, observados durante cuatro años, y donde, entre 588 estudiantes, había nada menos que un 30 por 100 afectado de síntomas neurosténicos (presión dolorosa de la cabeza, neuralgias, fenómenos nerviosos en el corazón. exaltaciones sexuales y aumento de excitabilidad psíquica, todos ellos de la primera forma arriba mencionada), con la particularidad (apropiada para excliur en estos trastornos la influencia de causas agenas al estudio, como la mala alimentación, aireación, etc., puesto que todos los indivíduos observados llevaban el mismo régimen en los establecimientos respectivos) de que el número de los alumnos afectados con dichos síntomas, aumenta á medida que las clases son más adelantadas, según demuestran las siguientes cifras:

En la clase preparatoria había		8	por 100 de	escolares neurasténicos.
»	I	15	»	»
»	II	22	»	»
»	III	28	»	»
»	IV	44	»	»
»	V	27	»	»
»	VI	58	»	»
»	VII	64	»	»
»	VIII	69	»	»

Como la segunda enseñanza termina en los países del Nor-

(1) Nesteroff. *Die moderne Schule und die Gesundheit. Zeitschr. f. Schulgesundheit*, 1890, 6.

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

te de Europa á los diez y ocho ó veinte años, estas cifras aplicadas á España comprenderían también la enseñanza superior; pero, afortunadamente, entre nosotros, bien porque las observaciones no se hayan hecho con método (1), bien porque nuestros estudiantes como nuestros soldados tengan mayor aguante que los septentrionales para las fatigas, la cerebral inclusive, ó bien porque aquí se trabaje menos que en los establecimientos recorridos por Nesteroff, son muy pocos los casos de *sobrestudio* aparecidos hasta ahora en nuestro país. Esto no obstante, cuando se compara la concurrencia á nuestras Universidades con los escolares de las extranjeras, no puede ocultarse á una observación despreocupada que por sus condiciones físicas é intelectuales, el estudiante español deja mucho que desear, siquiera pueda competir en trabajo y en aprovechamiento teórico con los de las demás naciones europeas.

Lo que entre nosotros hay, á mi entender, es un desequilibrio lamentable de aptitudes, resultado inequívoco de la anarquía escolar que ha traido el abandono de la educación colectiva por parte de las Universidades españolas, abandono que, lejos de subsanarse por la familia y por la acción libre del cuerpo escolar, solo encuentra por estos lados motivos de agravación.

Los Profesores de asignaturas prácticas tenemos frecuentes ocasiones de apreciar este mal. El alumno, acostumbrado á vencer por sí solo las dificultades del estudio teórico, no se conforma con los quebrantos de la realidad, y por mucha discreción que se ponga en el tratamiento de su ánimo contrariado en los estudios de acción, constantemente asoman en los diálogos de las enseñanzas á que me refiero dos defectos

---

(1) Desde el punto de vista científico, es muy digno de consulta el trabajo del Sr. Simarro sobre *surmenage* de las escuelas, publicado en el *Boletín de la Institución libre de enseñanza*, año 1889.

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

extraños á las condiciones individuales y solo imputables á nuestro sistema pedagógico, á saber: el *descuido en la educación de los sentidos* y el *envanecimiento especulativo*. Los alumnos de clínica (para tomar un ejemplo de escolares relativamente bien preparados para la observación y la experimentación) tardan meses enteros en adaptarse á las exigencias sensoriales de las exploraciones patológicas, y si desapareciera la sabia disposición que obliga á los Catedráticos clínicos á dar enseñanza alternativa, con la cual tienen, durante dos y tres cursos, los mismos alumnos, se verían éstos vacilando entre el desaliento y la afectación. Esta última aparece denunciada ya en el segundo de los defectos mencionados, que impide á ciertos alumnos, hasta la sazón tenidos por sobresalientes, sufrir con paciencia la superioridad de observación y de criterio de otros alumnos menos acreditados por anterior descuido ú otras causas, pero que en el aprendizaje profesional, donde se trabaja con toda la personalidad, resultan á veces más ventajosamente dispuestos.

Si á estas particularidades intrínsecas de la enseñanza se agregan otras referentes á la vida social, no puede menos de verse que, como dice con amarga verdad un Profesor de este Claustro (1), «precisamente el defecto característico de nuestra juventud actual, como de todas las razas degeneradas y empobrecidas por una larga historia de miseria material y moral, intelectual y política, social y doméstica, es la anemia, la falta de vigor, la apatía; y así, lo que más necesitan, aún los mejores de nuestros buenos estudiantes, es mayor intensidad de vida, mayor actividad para todo en espíritu y cuerpo: trabajar más, jugar más, dormir más, comer más, lavarse más, divertirse más, poner un mayor peso en cada platillo de la balanza (refiérese al espíritu y al cuerpo). ¡Por

---

(1) F. Giner. *Educación y enseñanza*, pág. 54.

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

mucho que pongan, no se les romperá ciertamente por el punto de apoyo!»

Si no tenemos en España *sobrestudio* en la extensión y gravedad con que lo padecen otras naciones, sufrimos, en cambio, un estado, por decirlo así, *subhigiénico*, que acarrea una combinación de la neurostenia del ocio (también la hay y la había entrevisto Aristóteles, según hemos visto), de la inedia vegetativa y de la exaltabilidad étnica propia, estado perfectamente descrito por el Sr. Giner, antes aludido, cuando dice, en el mismo lugar citado: «En el pensamiento, la apatía se revela en la impotencia para perseverar en la atención á un mismo objeto, intelectual ó sensible; en la escasez de ideas; en la lentitud, para darse cuenta de las cosas; en la falta de agilidad y flexibilidad, para determinar el contorno de los conceptos, que flotan en una vaguedad tan nebulosa que no nos permite fijarlos, ni explicárnoslos, ni exponerlos á los demás por medio del lenguaje; en el rápido agotamiento, después del esfuerzo más tenue; en la pereza y como somnolencia... con otros mil modos análogos, no pocas veces compatibles con cierta elevación contemplativa moral.»

Estos caracteres, que convienen perfectamente al *sobrestudio* español, serían, á mi juicio, más frecuentes y difíciles de corregir, si ¡cosa rara! no tuviéramos en España una especie de gimnástica moral muy detractada en estos últimos años, y que solo por su efecto curtiente sobre el ánimo apocado ó temerario de nuestro carácter nacional, conserva todavía mi modesta adhesión. Ya se adivina que me refiero á los exámenes. Enseñamos ciencias á medio hacer, y nuestros alumnos se examinan con programas á medio aprender; eso es todo. Por lo demás, estas pruebas son á la vida profesional lo que los esfuerzos musculares para la social, y ya he procurado encarecer las ventajas de estos últimos en la educación física.

Pero precisamente en nuestra mano está el aminorar hasta cierto punto estas deficiencias, para lo cual, á falta de

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

otro criterio mejor, la fisiología cerebral, con estar tan atrasada, ofrece tres puntos de vista que pueden servir de fundamento á la Pedagogía en general, pero más especialmente á la universitaria.

Es uno de ellos el proceso evolutivo del cerebro. Este órgano tiene su máximun de crecimiento en los dos primeros años de la vida (dato que confirma una observación de Hegel, en otro lugar mencionada); por término medio pesa 300 gramos en el recién nacido y 900 á dicho tiempo. Este peso se eleva en el tercero y cuarto año, próximamente, á 1.000 gramos; entre el cuarto y el séptimo, á 1.160; entre éste y el décimocuarto, á 1.200, y al vigésimo, á 1.300 gramos, permaneciendo así, salvo un ligero aumento observado entre los veinte y los veintitrés años, durante toda la vida, sin ganar ni perder; pues es sabido que el cerebro y el corazón no disminuyen un adarme ni en la muerte por inanición.

De estos datos puede deducirse, como lo ha hecho ya Ziemsenn (1), que los mayores esfuerzos pedagógicos, y sobre todo los que tienen por objeto promover el desarrollo de las facultades intelectuales, deben hacerse durante este período de crecimiento orgánico cerebral.

El segundo punto de vista es algo más difícil de fijar. Hay tejidos orgánicos, como los de la epidermis, los huesos, los tendones y hasta los nervios, que reparan plenamente y con su propia substancia las soluciones de continuidad ó mayores pérdidas traumáticas; estas partes del cuerpo humano regeneran al modo de las sustraídas á los animales inferiores, sin dejar rastro cicatricial apreciable. Por otra parte, muchos órganos se suplen los unos á los otros en las funciones congéneres, cobrándose, al efecto, un material nutritivo equivalente que llega á acrecentar su vigor y hasta su masa mientras dura este sobrecargo de trabajo. Ambas propiedades, la

---

(1) Ziemsenn. *Rectoratsrede*. München, 1890.

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

de regeneración y la de sustitución, duran toda la vida, aún cuando experimenten las oscilaciones anejas á cada edad. Ahora bien, el cerebro, según ya en otro lugar dejé indicado, no regenera sus pérdidas traumáticas, sino que las cura á beneficio de una cicatriz formada por tejido común é inepto, por lo tanto, para las funciones de los centros nerviosos.

En esto nada presenta de excepcional el tejido encefálico; puesto que la mayoría de los órganos se restablece asimismo de sus pérdidas de substancia por cicatrización; pero la propiedad de sustitución funcional ofrece la rareza de que ejerciéndose con bastante energía durante el crecimiento del cerebro, cesa á los veintidós ó veintritrés años, apenas este órgano ha dejado de crecer. La experimentación en animales y la cirugía humana han descubierto esta particularidad en varios centros motores, en la localización del lenguaje y en algunas otras funciones cerebrales de fijación indeterminada.

Las aplicaciones pedagógicas á que se presta este hecho son, como puede comprenderse, meramente discrecionales, pero pueden regirse por el propósito de estimular en la juventud la instrucción enciclopédica, para que antes de ultimado el crecimiento cerebral, el hombre tenga las primeras nociones de toda forma de saber, economizando, en cambio, después de esta edad, todo lo que sea completamente nuevo en sus fundamentos lógicos.

El tercer aspecto abarca ya la totalidad del organismo y descubre, por los resultados de una experiencia bien sentada, que aparte de conocidísimas excepciones como Pascal, Dante, Darwin, etc., el antiguo principio de *mente sana en cuerpo sano* debe ser la aspiración pedagógica constante. Con motivo de la preferencia que se da en Inglaterra á los juegos atléticos, para los cuales consumen los alumnos de Oxford y Cambridge muchas semanas de cada curso, allí y fuera de allí se viene diciendo que es imposible servir á dos amos, sobrentendiéndose con esto que la educación, igual-

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

mente intensiva del espíritu y del cuerpo, no puede menos de rebajar el nivel de uno ú otro lado, so pena de disminuir lo que podríamos llamar resultante personal.

Esto es verdad, pero no es menos cierto que un amo puede tener dos ó más criados; y no se ve motivo razonable para que la educación física y la intelectual degen de ponerse al servicio del hombre, aún á costa de invertir el lugar respectivo que la Pedagogía tradicional parece conceder á uno y otro término de esta relación. Un organismo sano y fuerte tiene mucho adelantado para sustentar un cerebro de las más ventajosas aptitudes; y hasta respecto de la sensibilidad como del orden moral, ya Rousseau lo había dicho: «Cuanto más débil es el cuerpo, más tiraniza; y cuanto más fuerte es el cuerpo, mejor obedece.»

El régimen universitario se mantiene desentendido de este último aspecto pedagógico (1); pero no sería lograr poco que aceptados los primeros, cada Maestro, siguiendo á Bain, á otros autores, ó mejor todavía, entregándose á su propia inspiración, se tomara el trabajo de analizar el contenido de sus programas para limitar, hasta donde fuera posible, lo verdaderamente elemental que debe implantarse á tiempo en el cerebro, y emprender aparte esos desarrollos que se adaptan á cualquiera edad, siempre que antes de terminada la evolución orgánica del cerebro se ha sembrado en él su después incoercible semilla.

Que esto se viene haciendo por intuición pedagógica soy el primero en declarar, pero yo mismo, tan obligado á buscar siempre firme base para todo lo humano en el criterio fisiológico, confieso con sinceridad que hasta estos últimos años he dado la enseñanza en igual tesitura durante todo el curso;

---

(1) No obstante, los señores Posada, Sela y algún otro Profesor de Oviedo, imitando á muchos Profesores de Inglaterra, toman parte con sus alumnos en ciertas recreaciones educativas.

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

mientras que ahora me preocupo de reducir hasta los más ínfimos rudimentos la parte mayor del programa, y solo me permito, para ejemplo de investigación y de especialismo práctico, tres ó cuatro estudios extensos para cada promoción escolar de dos cursos clínicos completos. Solo así puedo aspirar á satisfacer las congeturales pero lógicas exigencias de la fisiología del cerebro, y al mismo tiempo las del difícil problema, entre profesional y especulativo, que impone al Catedrático español el destino social de nuestras Universidades.

El tercer aspecto en que vengo insistiendo requiere, al menos por ahora, una especialidad independiente de la cultura intelectual, objeto inmediato de la enseñanza universitaria. Uno de tantos aparentes caprichos de la tradición ha conservado en los establecimientos docentes los nombres de Liceo y Gimnasio, propios de la educación griega, principalmente física, así como el de claustro y algunos otros originarios de las catedrales que sirvieron de cuna á nuestras actuales enseñanzas en la Edad media. En los tiempos actuales, la Universidad retiene más lo que procede de la forma eclesiástica, que la remota reminiscencia de los modelos griegos, á los cuales, en España, no se concede ni siquiera el nombre para los llamados Institutos de segunda Enseñanza. ¿Sería, pues, antitradicional, demasiado perturbador y acaso poco razonable, ir restableciendo paulatinamente el doble carácter y como los dos apellidos que reclaman en justicia las dos sangres cuya fusión en el amor ideal del progreso constituye la plena y perdurable institución universitaria?

Pero hoy debemos atenernos á lo más preciso, y confiando á otros tiempos la reforma educativa completa á que aspiramos, prepararnos á recibir una generación robustecida por la nueva enseñanza gimnástica de nuestros Institutos, á la cual habría yo dedicado gustosísimo estas mal pergeñadas notas si no hubiese temido caer desde las cimas vertiginosas

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

de un discurso inaugural, en las escabrosidades menos practicables de un informe.

Ahora bien; los alumnos de nuestras Universidades deben procurar por sí mismos su educación física. Un pedagogo alemán dice que el oficio de enseñar es parecido al del diamantista: sus últimas labores no se hacen de modo alguno mejor que empleando el diamante mismo, para dar forma y brillo á la obra de la Naturaleza.

El medio preferible para esta forma de educación es el de las asociaciones escolares, sobre las cuales tenemos historia bien antigua, y, á falta de prácticas modernas, trabajos muy recomendables que pueden servir de guía á la regeneración de nuestras costumbres (1).

Cuanto á lo que corresponde á las deficiencias materiales de nuestros establecimientos, bastará como ejemplo el que nos ofrece el pasaje que copio á continuación, escrito por un estudiante (2): «El Colegio de San Carlos es mucho más espacioso, y la ventilación é iluminación, además de ser más fáciles, son en él más completas; pero la parte destinada á enfermería deja mucho que desear (3), pues no reune las condiciones de ventilación, calefacción, cubicación atmosférica, etc., que hoy se exigen en las salas de enfermos..... Por otra parte, los asientos de las aulas son muy incómodos, sobre todo los que no tienen respaldo, pues no teniendo el tronco ningún punto de apoyo, el alumno se mantiene erguido y en actitud digna y

---

(1) Pueden leerse con fruto la memoria de D. Rafael Altamira sobre *Pensiones y asociaciones escolares,* Madrid, 1893, y la, por otro estilo también interesante, de D. Secundino González Regueral, titulada *La vida del estudiante en Madrid,* que obtuvo premio en un concurso privado de esta Universidad en 1886.

(2) S. González Regueral. L. c., p. 23.

(3) Debemos también al actual Ministro de Fomento una reforma del Hospital clínico, que redundará pronto en notorio beneficio de los enfermos, de la enseñanza, de los alumnos y de los Profesores.

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

respetuosa, merced á la contracción de los músculos del raquis, y como éstos se fatigan al cabo de algún tiempo, esta actitud, en la hora y cuarto que suelen durar las clases, resulta verdaderamente insoportable. El alumno no sabe cómo ponerse para estar medianamente cómodo; deja de prestar atención á las explicaciones del Profesor, se impacienta y solo desea ver asomar, por las hojas entreabiertas de la puerta, la cabeza del bedel, que, al anunciar el término del tiempo reglamentario de la clase, es para él un verdadero angel que lo redime de la tortura á que está sometido.»

Si he de decir algo de las llamadas escuelas en educación física, no será de las que tienen á los juegos por principal elemento, pues las he dedicado la mayor atención y espacio en estas notas, ni del *sport*, que no parece apropiado á la vida universitaria; sino de la escuela de Amorós, por hallarse amenazada de una preterición, á mi juicio, inmerecida.

La gimnástica de Amorós inspira desde luego simpatías patrióticas que no hay para qué disimular, y reune además el mérito de haber aplicado el análisis y los medios de la ciencia para obtener un medio racional de educación física. No había de estar el cuerpo humano desheredado de los bienes científicos utilizables por la Pedagogía, la cual resulta en educación física exclusivamente instintiva si renuncia á esta gimnástica reglada.

La gimnástica amorosiana fortifica el cuerpo y desarrolla la belleza plástica tan bien como otros sistemas gimnásticos, ofreciendo además la ventaja práctica de acomodarse mejor á las condiciones de la vida escolar. Dos miras principales se dejan entrever en el procedimiento de Amorós. La primera es aplicar la educación física á todos los músculos del cuerpo humano, y la segunda educar el esfuerzo para obtener del mismo las ventajas de generalizar los efectos del ejercicio en provecho de todas las funciones vitales. Como se vé, estas miras se avienen muy cumplidamente con las ideas expresa-

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

das en estas notas sobre la solidaridad, economía y equidad que reune la vida nutritiva de todos nuestros órganos.

Al propio tiempo, uno de los efectos más importantes de la actividad muscular, el que se refiere á la restauración de las fuerzas deprimidas, debe lograrse por modo más uniforme y seguro en esta forma que en las restantes del trabajo gimnástico.

Por otra parte, el propósito de que el ejercicio regulado de nuestros músculos, lejos de limitarse á la conservación escrupulosa de las fuerzas individuales espontáneas, propenda á fomentar éstas en la medida que permita el máximo de la resistencia individual, abre la única vía posible para lograr la perfectibilidad del organismo humano.

La premura del tiempo que me llevan atenciones incidentales pero ineludibles de interés público, me obligan á terminar este ya de todos modos pesado trabajo, sin ocuparme del aspecto médico de la gimnástica amorosiana, que es el más apropiado para descubrir las ventajas y los inconvenientes de esta escuela.

Con propósito deliberado he omitido, en el resto de estas desordenadas notas, cuanto del lado higiénico y terapéutico no fuera imprescindible para fortalecer el cimiento pedagógico, al cual he dedicado mi atención preferente.

Y para concluir, la familia, el municipio ó la provincia y el Estado tienen á su cargo las más numerosas é importantes actividades de la educación física. La Universidad difícilmente podría completarlas ó suplirlas como no fuera (aparte de las modificaciones del régimen ya insinuadas) con alguna instalación parecida al *Palacio de la Juventud*, planeado por Amorós (1), ó la más modesta que propone Letamendi (2), ó

---

(1) Amorós. *Éducation physique, gymnastique et morale.*

(2) Letamendi. *La Gimnástica cristiana.*

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

lo que sería más hacedero, con un sencillo cobertizo de propiedad universitaria en campo limítrofe á Madrid.

Ahora bien: vosotros los que en nombre de todos los demás alumnos formais el núcleo más preciado de nuestros afanes, perdonadme el lenguaje, algún tanto desenvuelto, de mis observaciones, en gracia al entrañable cariño que os profeso. Presumo de llamarme, como se llamaba el gran Chevreuill, *estudiante* perpétuo, y en calidad de compañero, aunque ya viejo, permitidme que os hable con el corazón.

Recibid mi sincera felicitación por vuestros triunfos académicos; pero recordad que no representais sino al último de los tres resultados exigibles á una juventud bien educada; sois los más *inteligentes*, lo habeis probado; y yo quisiera que fuérais á la vez los más *sanos* y los más *buenos*. Si reunís estas tres cualidades, bien haya de vosotros y gozad de vuestra inefable dicha; en otro caso, atended mi ruego, que es de equidad y de justicia: acordaos de aquellos de vuestros compañeros que os lleven alguna de estas ventajas y repartid con ellos, de buena voluntad, el aroma de vuestro bien ganado laurel.

He dicho.

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760

UVA. BHSC. LEG 23-2 nº1760